



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



LA ELEGIA EN LA POESIA DE MIGUEL HERNANDEZ

U. N. A. M.
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Jefatura de la División del
Sistema Universidad Abierta

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

P R E S E N T A :

MARIA EVANGELINA GOMEZ Y GUERRERO

297359

DIRECTORA DE TESIS:
DR. MA. CONCEPCION ANDUEZA



MÉXICO, D. F.

2001



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIA

A mi hijo Carlos y a mi hermana María de la Luz,
por su estímulo constante.

Al INFONAVIT, por su apoyo incondicional.

A la Universidad Nacional Autónoma de México,
por permitirme llamarla mi Alma Mater.

A mis maestros, por sus ejemplos, sus enseñanzas
y su infinita paciencia.

A mis compañeros y amigos, por su alegría
contagiosa y su compañerismo.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Miguel Hernández

("Elegía" a la muerte de Ramón Sijé
El rayo que no cesa. vv. 46-49)

I N D I C E

INTRODUCCION.....	I
I. CONTEXTO HISTORICO.....	1
II. CONTEXTO LITERARIO.....	5
Pablo Neruda	
III. VIDA DE MIGUEL HERNANDEZ.....	13
Infancia.....	13
Primeras amistades.....	15
Poesía religiosa.....	18
Primer viaje a Madrid.....	21
Segundo viaje a Madrid.....	24
Estancia en Madrid.....	26
La guerra.....	27
Soldado.....	29
Cancionero y Romancero de Ausencias....	36
Fin de la guerra.....	38
IV. LA ELEGIA.....	47
Génesis elegíaca.....	49
V. ELEGIA A GABRIEL MIRO.....	60
VI. ELEGIA A RAMON SIJE.....	67

VII.	ELEGIA JOSEFINA FENOLL	77
	Elegía a la muerte de Ramón Sijé dedicada a Josefina Fenoll	
VIII.	ELEGIA PRIMERA (Dedicada a Federico García Lorca)	86
	CONCLUSIONES	99
	ANEXO I: Corpus Poético	108
	Ramón Sijé. (Murcia, 1936)	141
	ANEXO II: Índice de los primeros versos de las elegías	142
	BIBLIOGRAFIA	145

INTRODUCCION

La vida y la obra de Miguel Hernández ha sido objeto de innumerables estudios y análisis tanto de su teatro, como de su prosa y de su poesía y esta última parece que ha sido motivo de la mayor atención de los biógrafos y analistas.

La elegía, sin embargo, a pesar de las causas tan importantes que la motivaron, fue un género poco cultivado por el poeta, en comparación con el volumen de toda su obra y ha sido también motivo de pocos estudios por parte de sus admiradores.

Estaba en mi determinación abordar el tema de la elegía en la obra de Miguel Hernández, no sólo por conocer más a este poeta español, sino también por ahondar en el conocimiento de las grandes influencia que su personal visión de los conceptos de vida, muerte, sangre, dolor y pena, se reflejaron en la elegía, la que, por su propia naturaleza es la manifestación de dichos conceptos, independientemente de que los mismos los haya vertido el poeta en otra parte de su obra. Asimismo, la importancia que tuvo la presencia de Ramón Sijé en la vida de Hernández se manifestó en el maravilloso poema "Elegía a la Muerte de Ramón Sijé", el cual retrata la infinita pena que le embargó al enterarse de la muerte del amigo querido que lo apoyó siempre, sin importar las circunstancias que les rodeaban.

No es que este trabajo pretenda ser, ni mucho menos, uno de los pocos análisis de la elegía de Hernández; ha querido ser solamente una manifestación de lo que ha inspirado en mí la admiración que he profesado al poeta desde que leí por primera vez una de sus elegías: la escrita a la muerte de Ramón Sijé, amigo de siempre del poeta, fallecido a la prematura edad de veintidós años.

Desde luego el talento artístico de Miguel Hernández ya estaba ahí, nació con él y su encuentro con la poesía debía darse, tarde o temprano. Se dio temprano. Miguel Hernández fue un poeta nato y sus elegías son de la calidad indiscutible que nos deleita actualmente.

Motivó también este trabajo el formidable impacto que me produjo la lectura no sólo de la elegía a la muerte del amigo, sino además, la que dedicó a Josefina Fenoll, novia de Sijé.

Se recogieron en este trabajo solamente las cuatro elegías que consideramos las más expresivas y por creer que muestran la elocuencia de los sentimientos de tragedia, dolor y llanto que privaron en la vida del poeta, que fueron una constante no solamente en su obra, sino en casi toda su agitada vida.

La única elegía escrita en prosa por Hernández fue la que dedicó a la muerte del escritor, también alicantino, Gabriel Miró, y la primera a la que me referiré.

Aludiré a otras elegías, sin llegar a un análisis de las mismas y solamente las mencionaré con el objeto de llevar un cierto orden cronológico; asimismo, haré mención a otros trabajos de Hernández por haber tenido un motivo muy importante en su vida y que muestran la gran tendencia al fatalismo y al pesimismo que estuvieron siempre presentes en la mayor parte de la vida y la obra del poeta.

Cabe hacer mención de que todas las elegías escritas por el autor fueron producidas durante los años 1936 y 1937, ya que a partir del mismo 1937 su producción poética estuvo escrita y publicada al calor de la guerra que acababa de estallar y marca el cambio de postura religiosa y política del poeta.

Así pues, únicamente he pretendido expresar mi admiración y mi respeto a la obra y a la personalidad de una gloria de las letras españolas.

SIGLAS

CRA - <i>Cancionero y Romancero de Ausencias</i>	PMH - Poesía de Miguel Hernández (Juan Cano Ballesta)
ERC - <i>El Rayo que no cesa</i>	P - Prosa
OP - Otros Poemas	UP - Ultimos Poemas
PA - Poemas de Adolescencia	VP - <i>Viento del Pueblo.</i>
BIB - Biblia	JR - Jeremias
JB - Job	LAM - Lamentaciones
FGL - Federico García Lorca	JDE - José de Espronceda

I.- CONTEXTO HISTORICO

No sería posible abordar el tema de la vida y la obra de Miguel Hernández (1910-1942), sin introducirnos un poco en el contexto histórico que la rodeó y que existía en España a principio del Siglo XX, en cuyo primer decenio nació nuestro poeta.

Fue derrotada España en la guerra con los Estados Unidos en 1898, que la hizo perder además de sus últimas colonias en América, la confianza y el orgullo de haber sido la potencia política, militar y económica más grande de la tierra en los cuatro siglos anteriores, y que la habían hecho dueña de casi toda la región, así como de gran parte de Europa y toda Filipinas. Era, pues, natural que España y los españoles cayeran en un estado de ánimo depresivo y que sintieran como una ducha de agua helada aquella derrota que, además los dejaba en una gran pobreza económica y política, que diera lugar a todos los dramáticos acontecimientos posteriores.

Estaba entonces España dentro del círculo vicioso propio de los países pobres a los que para poder industrializarse les faltaba maquinaria y para poder adquirirla les faltaba capital. La obtención del capital le era muy difícil a la otrora poderosa metrópoli, en virtud de que sus colonias en América, grandes proveedoras de oro y de plata, ya no le pertenecían más y con el

resultado de esa desafortunada guerra contra los Estados Unidos, hasta perdió la última de sus colonias: la isla de Cuba.

Fue hasta 1910 cuando la banca empezó a dominar el desarrollo industrial en España, a través de capitales extranjeros y en un clima de proteccionismo aduanal. Entre 1900 y 1904 se crearon el Banco Hispano-Americano, el Banco de Vizcaya y el Banco Español de Crédito, los cuales iban agrupando poco a poco las fuerzas del país.

La estructura de la sociedad española, a principios del Siglo XX, se vio dividida en jerarquías de las clases que la componían: los trabajadores de la ciudad y del campo; la burocracia que iba en crecimiento; la deprimida clase media; la burguesía; la oligarquía de propietarios; la banca, la industria y desde luego, las dos instituciones que siempre han estado presentes en la sociedad española: la Iglesia Católica y el Ejército. En el terreno de la investigación científica, el país empezaba a contar con importantes aportaciones de reconocidos científicos.

Estas eran las condiciones en que estaba España cuando nace Miguel Hernández en el pequeño pueblo de Orihuela, Alicante, en 1910.

Una importante crisis social se produce en España entre los años de 1915 y 1923 que trae como consecuencia una renovación cultural en la que participa

un numeroso grupo de intelectuales con inquietudes más bien de orden personal y cultural que de identificación con el pueblo. Participan en forma notable de esta actitud, conocida como Novecentismo, escritores de la talla de José Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Salvador de Madariaga y Américo Castro, entre otros.

A pesar de que el Ateneo y la Residencia de Estudiantes de Madrid fueron centros de producción intelectual, debate y trasmisión de ideas, el pueblo sufría un acusado retraso y una lamentable mediocridad en la enseñanza escolar. El analfabetismo era de un alarmante 52 % en 1920 y el número de escuelas del Estado no era suficiente para atender a la población infantil. La educación debía completarse con la que impartían las instituciones privadas y las religiosas. La educación superior estaba reservada para los sectores más poderosos y las aulas universitarias estaban ocupadas por los estudiantes de las carreras de Derecho, Medicina, Ingeniería Agrónoma e Ingeniería Industrial, etcétera.

Este panorama general, lleno de contradicciones, agudizó el problema social lo cual, unido a la inestabilidad política, propició el golpe de Estado encabezado por Miguel Primo de Rivera y la instauración de la dictadura, en 1923, que controló la lucha social y se benefició con la expansión económica mundial, pero desorganizó la base política. La caída de Miguel Primo de Rivera, en 1929, hizo que cayese también la monarquía y tras las elecciones

municipales de 1931, una gran mayoría republicana en las capitales de provincia, proclamó la llamada Segunda República, en 1931.

Toda esta situación hizo crisis pocos años después, cuando sonaban ya entonces, palabras como reforma agraria y legislación social, pero no lograron controlar el orden público, haciendo que sobreviniese el estallido de la Guerra Civil Española, época sumamente importante en la historia de España, pero que no es motivo de este trabajo, y la que tocaremos sólo en función de lo que afectó la vida y la obra de Miguel Hernández.

II.- CONTEXTO LITERARIO

Algunos autores establecen como la principal generación literaria española de fines del siglo XIX y principios del XX, a la llamada por Azorín Generación del Noventa y Ocho, que surgió como símbolo de la situación de desaliento que privaba en la península ante la decadencia nacional. De esta generación fue miembro representativo el eminente y discutido literato Miguel de Unamuno y a la que pertenecen autores de la talla de los hermanos Machado, Jacinto de Benavente, Ramón de Valle-Inclán, Pío Baroja y el propio Azorín, entre otros. Le sucede la no menos famosa Generación de 1927, surgida entre 1920 y 1930 y la cual debe su nombre a la conmemoración del tricentenario de la muerte de Góngora (1627). De la Generación de 1927 fue miembro prominente Federico García Lorca, así como otros autores, todos los cuales cuidaban mucho su individualidad, entre los que se contaban muy notablemente Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Gerardo Diego y Dámaso Alonso, entre otros.

La generación de 1927, llamada también del 25, del 31, o de la dictadura, según se le vincule con el tricentenario de Góngora, con la dictadura de Primo de Rivera o con la Segunda República española, se fue integrando con los hombres de ciencia y con los artistas iniciados en sus respectivas actividades, una vez terminada la Primera Guerra Mundial. Esta Generación de poetas españoles se señala como marco de referencia de la obra de Miguel Hernández quien, por su lado, perteneció a la Generación de 1936, pero del

conocimiento de aquella se desprende en gran medida la comprensión de su obra.

El nivel socio-económico y cultural de todos los poetas de la Generación de 1927 no fue muy variada y sin duda todos pertenecían a lo que ahora se conoce como clase media alta. Así, Federico García Lorca, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre eran licenciados en Derecho; Emilio Prados tenía el título de licenciado en Filosofía y Letras, León Felipe era titulado en Farmacia. Con estudios superiores estaba Vicente Aleixandre que estudió Comercio y, finalmente, sin bachillerato estaba el finísimo poeta Rafael Alberti.

De todos estos escritores, algunos tomaron parte activa en los movimientos revolucionarios. Tenemos a Pedro Garfias quien combatió y obtuvo un grado militar en el Ejército del Sur. Alberti participó activamente desde la retaguardia y fue secretario de la Alianza de Escritores Antifascistas. Altolaguirre era el principal editor de casi todos los poetas leales a la república y publicó revistas, libros e innumerables cuadernillos, todo ello con su esposa Concha Méndez y su amigo Emilio Prados.

El principal exponente de la Generación de 1927, Federico García Lorca, ha sido motivo de numerosos estudios, tanto de su vida como de su obra y ambos aspectos han dado lugar a gruesos volúmenes y sesudas conclusiones, todas por demás interesantes. La producción artística de

García Lorca abarcó varios campos: la música, la pintura, la poesía la prosa y el teatro. Sus viajes le inspiraron libros de poemas y canciones que proyectaban una personalidad y una sensibilidad de calidad superior que lo situaban como uno de los mejores dramaturgos de lengua española. Estas pocas palabras sobre este poeta, sólo son por haber entrado en contacto, aunque muy brevemente, con Miguel Hernández quien le dedicó una de las elegías que tocaremos en este trabajo.

Pablo Neruda.

Unicamente por mencionar una etapa muy importante en la vida y en la obra de Miguel Hernández, nos referiremos brevemente a la influencia que ejerció el poeta chileno Pablo Neruda, tanto en el hombre como en el poeta y en su poesía social. Esta influencia encontró terreno abonado en la extracción socio-económico-cultural de Hernández, muy afectado por la huella y la presión de la falta de cultura familiar en que se movió durante los primeros años de su vida en el campo: las injusticias que vivió en su adolescencia y la perenne falta de dinero, aunado todo a la timidez natural del campesino que vivió en carne propia todas la experiencia que relata en forma magistral en este género de su poesía.

Los biógrafos de Miguel Hernández no establecen la forma ni la fecha en que ambos poetas llegaron a establecer contacto; lo cierto es que Pablo Neruda entrega a Miguel su amistad y protección en una forma paternalista y éste se convierte en su admirador y amigo y todo hace pensar que el chileno siempre vio al poeta "de arriba hacia abajo", a pesar de reconocer en él a un elemento enriquecedor de la poesía española, lo cual no obstó para que también le llamara con el eterno epíteto de "poeta pastor de cabras".

Juan Cano Ballesta dice que estos autores se conocieron hacia 1935¹, tal vez en una tertulia organizada por Neruda en la época en que éste era cónsul de Chile en Barcelona, en la que hizo amistad con los polémicos miembros de la Generación de 1927, quienes a pesar de todo le profesaron gran admiración, tanto a él en forma personal, como a sus ideas políticas y su obra artística.

Es de tomar en cuenta que la vida de Miguel Hernández estuvo rodeada siempre, de toda clase de carencias: de comprensión familiar, de dinero, de oportunidad para estudios superiores y de una dureza de carácter que tal vez le hubiera ayudado a tener más seguridad en sí mismo. Por el contrario, su vida fue pródiga en vocación artística, en talento, en decisión de triunfo; fue también generosa con el poeta al darle la oportunidad de contar con amigos cultos y leales, especialmente aquellos de sus primeros años, los que conoció en el horno de los Fenoll, y sobre todo con la valiosa amistad del querido Ramón Sijé cuya cultura y educación fueron tan decisivos en la formación de nuestro poeta, con quien estuvo en los tiempos buenos y en los malos. Siempre fue Sijé el amigo al que recurría cuando no encontraba el camino, un camino que siempre se presentó tan difícil durante toda sus existencia, principalmente cuando las vivencias, las experiencias, las alegrías y las penas quedan tan profundamente arraigadas en el ánimo y en la mente de los seres humanos; por todos los acontecimientos en la adolescencia y en la juventud de Hernández, Ramón Sijé y todo el cariño y la comprensión que los unió

¹ Juan Cano Ballesta, La poesía de Miguel Hernández, Barcelona, Gredos, 1978, p. 271,

estuvieron vivos en el poeta, a veces adormecidos, a veces vibrantes, pero siempre latentes y actuales, y si alguna vez declinaron surgieron después explosivos en la maravillosa elegía que escribió Miguel Hernández a la sentidísima, lamentable y temprana muerte del amigo-hermano cuya presencia más tarde le fuera tan necesaria, cuando ya sólo en espíritu le acompañaba, cuando el sufrimiento, la soledad, la enfermedad y la desilusión se ensañaron con el poeta.

Todas las tristezas y pobreza que inspiraron en Miguel los pensamientos pesimistas, deprimentes de su ánimo y la preocupación por todos los acontecimientos de su vida, impregnaron su obra de alusiones a la muerte, a la sangre, al filo de un cuchillo siempre amenazante, hiriente, todo eso estuvo presente, desde su primera elegía. Con una vida saturada de una visión trascendental: Hernández no entiende por separado la vida y la muerte.

Por otra parte, Miguel Hernández disfrutó venturosamente de la presencia y la lealtad de su esposa Josefina, musa inspiradora de toda su poesía amorosa, mujer que soportó miserias humanas, materiales y económicas en la terrible guerra que le tocó vivir. Quizá por todo esto, el poeta también se dejó fascinar por la novedad que representaba la personalidad de Pablo Neruda y cae en el entusiasmo que despertó el nuevo tipo de poesía y la ideología social y política que preconizaba Neruda.

Es el tiempo en el que Hernández trata de vender en Madrid algunos números de la revista *El Gallo Crisis*, de Ramón Sijé, de notable inspiración religiosa, cuando se dio cuenta de que esta publicación no gustaba a gran parte de sus nuevos amigos, y mucho menos al poeta chileno, quien no dudó en decirselo abiertamente, con frases como "(...) le hallo demasiado olor a iglesia (...) ahogado en incienso (...) ya haremos revistas aquí (...) y grandes cosas (...)"² estas palabras coincidieron fatalmente con un período de crisis existencial por el que Hernández estaba atravesando, tanto de inspiración poética, como personal y de renovación estética, que vinieron a agrandar su interior angustiado, inquieto, que a un espíritu tan sensible como el suyo trajo como consecuencia hasta el exceso de llegar a renegar de la amistad de Ramón Sijé, de su revista *El Gallo Crisis*, publicación a que la tanto admiraba y que había incluido en algunos de sus números las primeras poesías juveniles de Hernández y en estos momentos de crisis llega a tildarla de exacerbada y triste y, peor aún, reniega también de haber hecho cosas al servicio de Dios, y llega hasta a calificar a la religión de "tontería católica". Admite, asimismo, que en su auto sacramental, publicado entonces en el revista *Cruz y Raya*, dice cosas que ni sintió ni pensó. Yo sostengo que esas cosas sí las pensó y sí las sintió en el tiempo en que las escribió si no, no las hubiera dicho ni escrito, porque Miguel Hernández siempre fue sincero y leal a sí mismo, a sus pensamientos, a su espíritu y a su creación literaria, como se demuestra en toda su obra. Lo que sucedió es que la combinación resultante de mezclar la

² Cano Ballesta. Op. Cit. p. 225.

fuerte personalidad de Pablo Neruda con la vida de limitaciones económicas, la carencia de una preparación educativa más profunda y la vida aislada del pastor, cuyo círculo de actividades se había limitado a las dimensiones de Orihuea, le revolvió al poeta todos sus pensamientos y los razonamientos que en ese tiempo vertió y que fueron el producto que a un espíritu sencillo y dócil como el suyo le causó el deslumbramiento de la presencia de Neruda, con su nuevo estilo de poesía impura, libre y social que ha sido objeto de mucha atención por parte de los analistas y estudiosos de la obra del poeta chileno. Así, la admiración por Neruda y sus enseñanzas se convirtieron en Hernández en culto incondicional. Le dedicó poemas y otros escritos elogiosos al que llega a llamar "poeta de tamaño de gigante", y hasta toma parte en los homenajes que le rinden algunos escritores madrileños.

III. VIDA DE MIGUEL HERNANDEZ

Infancia.

Nace Miguel Hernández Gilabert en Orihuela, Alicante, España, el día 30 de octubre de 1910, del matrimonio de Miguel Hernández Sánchez y Concepción Gilabert Giner, quienes ya tenían dos hijos: Vicente y Elvira, Miguel fue el tercer hijo y la menor fue Encarnación. El matrimonio tuvo tres hijos más, pero dolorosamente fallecieron a muy temprana edad.

La familia vivía humilde pero desahogadamente gracias al trabajo de cría y comercio de aves y cabras que realizaba el padre, hombre de buen corazón, pero de carácter duro y autoritario. La madre, además de que sufría de bronquitis crónica y frecuentemente se veía obligada a guardar cama, era tímida y retraída, sólo se dedicaba a los trabajos de la casa y con frecuencia intentaba suavizar la actitud severa del padre en las riñas familiares.

Desde niño Miguel aprende a conducir el rebaño propiedad de la familia, por los campos y sierras de Orihuela. Es en medio de este ambiente, rodeado de pájaros, flores, árboles, cabras, reses, saltamontes y hormigas, que Miguel crece observando cuanto le envolvía. Así, mientras el ganado pace, Miguel recostado a la sombra de un árbol, lee y escribe versos, levantándose de vez en cuando para llamar a alguna oveja descarriada con una pedrada o un silbido. Bien pudieron haber sido todas estas vivencias, algunas dolorosas,

las que quedan fuertemente grabadas en la mente del niño y que después se proyectan profundamente, tanto en su vida como en su obra.

Durante muy pocos años Miguel estudia en la escuela del Ave María, anexa al Colegio de Santo Domingo regentado por la Compañía de Jesús; ahí aprende con gran éxito, gramática, aritmética, geografía y religión. Mientras tanto sigue ejerciendo el pastoreo en los días libres y durante las vacaciones. En 1925 abandona la escuela para dedicarse exclusivamente a conducir su rebaño en virtud de que su padre se niega a que continúe estudios superiores a los que, en circunstancias diferentes, le habrían llevado su natural inteligencia y portentosa memoria. Así pues, toda su formación posterior se debe a su tesón de autodidacta.

María de Gracia Ifach, en el prólogo a las *Obras Completas* del autor, lo describe como un hombre de piel muy blanca –típica del levantino- tostada por el sol y el aire serranos, de cabello castaño y ojos verdes; su cuerpo era macizo sin ser grueso; una cierta nobleza en sus rasgos revelaba una timidez primera que fue venciendo de forma natural a medida que los demás lo conocían, reconocían sus auténticos valores humanos y artísticos y ganaban su amistad.³

³ Miguel Hernández, *Obras completas*, Pról. de Ma. de Gracia Ifach. Buenos Aires, Losada, 1966.

Primeras amistades.

Antes de descubrir el mundo lírico de su interior, Miguel Hernández canta su mundo de auroras, pinos y cabras en poemas de lenguaje agreste y con frecuentes destellos de originalidad, cultivando pacientemente su inteligencia y enriqueciendo su espíritu en un esfuerzo admirable de autoeducación, intentando satisfacer su insaciable apetito de saber. Contó con el apoyo de don Luis Almarcha, entonces canónigo de la catedral de Orihuela y vecino del poeta, quien lo ayudó a orientarse en sus lecturas prestándole obras de san Juan de La Cruz, Gabriel Miró, Verlaine y Virgilio, que Miguel leía ávidamente; le causaron una impresión muy profunda san Juan de la Cruz y Virgilio. Muy pronto y con gran seguridad fue descubriendo uno a uno, a los grandes maestros del Siglo de Oro: Cervantes, Lope de Vega, Góngora y Garcilaso, así como a los autores modernos: Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, además de Gabriel Miró, éste de sensibilidad tan afín a la de Miguel y quien, según confesó más tarde el poeta, quizá haya sido el que mayormente influyó en él durante el período anterior a 1932.

Probablemente haya sido su obligación de repartir la leche en el pueblo, o alguna otra eventualidad la que le haya llevado a la panadería propiedad de

Efrén Fenoll, situada en el número 5 de la calle de Arriba, lugar en donde al calor del horno y bajo el aroma del pan tierno, se hablaba y discutía de temas literarios, el caso es que allá pasa largas horas en amable tertulia con un nuevo círculo de jóvenes con los que inmediatamente congenia y quienes se hacen más tarde sus mejores amigos: Carlos y Efrén Fenoll, dueños del horno; los hermanos Ramón y Gabriel Sijé, pseudónimos de José y Justino Marín Gutiérrez, respectivamente; Josefina Fenoll, hermana de Carlos y Efrén y novia de Ramón, ante quienes el joven Miguel recita sus versos y recibe las sabias indicaciones de Ramón Sijé, joven abogado de gran inteligencia y extraordinaria cultura, que gozaba de una brillante formación humanística recibida de los jesuitas. Este ambiente de interés y comprensión por parte de un pequeño círculo de amigos y amantes de la poesía alienta a Miguel y le da alas para entregarse a su obra creadora. Contó también el poeta con el apoyo de Juan Sansano, propietario del periódico *El Día*, quien le publicó algunos poemas primerizos entre 1930 y 1932. Desde ese momento y hasta los 21 años se introduce de lleno en el mundo de las letras y, principalmente, de la poesía estimulado por la compañía y los consejos de sus amigos, principalmente de Luis Almarcha y Ramón Sijé, quienes ponen a su disposición sus amplias bibliotecas particulares, además hace visitas frecuentes a la biblioteca del Círculo de Bellas Artes y a la del Casino de Orihuela.

Juan Sansano, en su diario *El Día* (junio, 1930) lo nombró por primera vez "el poeta cabrero", epíteto del que nunca se pudo deshacer en el curso de su vida.

Desde las primeras composiciones del poeta se hace muy evidente la influencia gongorina y el barroquismo de sus obras juveniles, mismo que ha sido interpretado como un velo que el autor interpone entre sus sentimientos y los problemas sociales de la época y del lugar y las inquietudes del joven Miguel que expresa con una manifestación de sufrimiento, tal vez por la incomprensión de sus padres, sus estudios inacabados, su soledad, o la incomunicación por su hermetismo o timidez, he aquí una bella muestra:

Por el cinco de enero,
cada enero ponía
mi calzado cabrero
a la ventana fría.

Y encontraba los días
que derriban las puertas,
mis abarcas vacías,
mis abarcas desiertas.

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras
siempre tuve regatos,
siempre penas y cabras.

...

(Enero. OP p. 226)

Todo el juvenil grupo del horno de Fenoll se siguió reuniendo, comunicándole al poeta calor y aliento –en medio de la incomprensión del ambiente familiar-. Ramón Sijé, el más culto de todos, pronto se erige como el guía y maestro y le da al joven Miguel lo que más necesitaba entonces: orientación, libros y apoyo.

Poesía Religiosa.

Procedía Miguel Hernández de una familia católica y conservadora, si no fanática, sí cumplidora de sus obligaciones religiosas, inclusive el niño Miguel desempeñó actividades de acólito durante las misas dominicales en la iglesia de su pueblo. Sus primeras lecturas fueron religiosas por la educación recibida de los jesuitas y por la lectura de san Juan de la Cruz, que le fascinaba. Además contó siempre con la amistad de don Luis Almarcha, sacerdote y hombre culto, de quien recibió orientación y apoyo y ni qué decir de la influencia que recibió de la profunda amistad que siempre le unió a Ramón Sijé. Era natural, entonces, que la vocación y el talento de Hernández se manifestase también en su producción poética de carácter religioso, de la que son bellos ejemplos "Fuente y María", "A María Santísima", "La Morada Amarilla", "Silencio divino" y "Mar y Dios", por nombrar sólo unos cuantos, escritos cuando el poeta contaba con veintitrés años de edad.

Por eso es tan notable que pocos años más tarde hubiese dado un giro tan evidente la tendencia de su poesía y hasta llegase al extremo de renegar de su obra religiosa, según veremos más adelante.

Hacia 1930, Miguel siente que ya Orihuela no le basta. La publicación de algunos de sus versos en el periódico local y en revistas de la provincia le dan fuerzas para pensar en el negro futuro que le espera si continúa encerrado en el pueblo perdiendo un tiempo valioso; las cabras le son cada vez una carga más difícil de llevar: su inquietud, su talento, su juventud, su vocación de poeta, han rebasado las dimensiones del pueblo, inclusive la tahona ya no puede cubrir todo ese amplio espacio vital de Miguel que siente la necesidad de saber, oír, leer más para escribir mejor. Y la conclusión es clara: hay que salir de Orihuela. Llegar a esta decisión no es fácil para el joven poeta, piensa que sus amigos del horno de los Fenoll se sentirían despreciados por él cuando les comunicase su idea, pero no es así, todos le comprenden perfectamente y le ofrecen su ayuda, aunque con algo de tristeza, pues saben que sus reuniones ya no serán iguales sin la entusiasta participación de su amigo.

Pero aún había para el poeta muchos problemas por resolver, empezando por la falta absoluta de dinero, hasta la incomprensión de la familia y, aunque todavía no hablaba con sus padres, sabía que no aceptarían sus intenciones,

la madre por no separarse del hijo y el padre que no concebía más futuro para Miguel que el continuar con el oficio de cabrero. Pensaba y buscaba otra posibilidad con la que, aunque no alcanzara plenamente sus objetivos, cuando menos pudiera salir del ambiente que lo atormentaba y que le proporcionara nuevos horizontes en que apoyarse. Se convence de que no le queda otro camino que tomar una decisión definitiva: viajar directamente a Madrid, que es lo que realmente desea, con o sin la anuencia paterna. Su madre, su hermana Elvira y sus compañeros del horno le entregan el escaso dinero colectado entre todos y van a despedirlo a la estación del tren. Ramón Sijé participa con gran optimismo en el acontecimiento y publica una nota muy emotiva en un periódico lugareño en el que relata la despedida de su amigo, que "en ansia de vida jocunda...parte del Este a la Meseta..."⁴

⁴ Cano Ballesta. Op. Cit. p. 240

Primer viaje a Madrid.

Llega Miguel Hernández a Madrid en diciembre de 1931, vestido con el único traje que tenía, unos zapatos poco hechos a su pie campesino; armado con una abundante colección de sus poesías escritas a máquina (facilitada por don Luis de Almarcha); una carta de presentación para Concha de Albornoz, firmada por don José Martínez Arenas, y sobre todo con una gran ilusión y esperanza, a pesar de la natural cortedad del provinciano que se enfrenta al inhóspito ambiente madrileño de la época.

Concha Albornoz le presenta a Ernesto Giménez Caballero, entonces director de la revista *La Gaceta Literaria*, quien le interroga acerca de sus amigos, sus lecturas y sus versos y el poeta contesta a sus preguntas y le muestra sus poemas. El periodista le informa que lo incluirá en las páginas de su revista. De esta entrevista Miguel habló a su amigo Ramón Sijé en una carta en la que le relata que "...me han prometido sacarme a flote. Tal vez en este próximo número incluya una foto mía con mis trabajos..."⁵ pero contra toda la ilusión del poeta, Giménez Caballero, se concretó a publicar un bochornoso artículo, el 14 de enero de 1932, en el que hablaba de aquel "simpático pastorcito" que había llegado hasta su mansión para solicitarle un trabajo con el que pudiese sobrevivir, mostrando así un desprecio absoluto no sólo a Miguel Hernández, sino a toda la gente del campo.

⁵ Iriondo, Txema. "Miguel Hernández" Los revolucionarios del siglo XX, México. Club Internacional del Libro, p. 234.

Pero el poeta todo lo intenta: toca puertas que no se abren; habla a personas que escuchan pero que no contestan y aún tiene la esperanza de que se le tienda la mano, se le ayude, pero nadie lo hace, nada se consigue. Aunque hace esfuerzos desesperados por cuidar hasta el último centavo, el dinero se acaba también. Trata de conseguir algún trabajo, de lo que sea, para poder sobrevivir, sin lograr encontrarlo.

En medio de tal miseria, Hernández encuentra tiempo para hacer algunas amistades, pero es claro que los más hondos sentimientos del poeta están dedicados a las personas que dejó en el pueblo. Así, parece que la lejanía hace surgir en él un sentimiento especial por la joven Josefina Manresa a quien conociera en Orihuela hacía poco tiempo y que sólo estando lejos de ella, vino a darse cuenta de que la amaba profundamente. El amor por Josefina se convirtió en una fuente de inspiración que Miguel trasladó a los hermosos sonetos de ese período y, que vuelto pasión, es uno de los elementos fundamentales de su poesía futura.

Pero aún está en Madrid y después de seis meses de su llegada, se encuentra sin dinero, sin esperanza, ni ilusiones y sólo le queda el consuelo de descargar su agotamiento en la correspondencia que tiene con el amigo de siempre: Ramón Sijé al que le describe sus penurias y desesperanzas y un estado de ánimo, que le resta fuerzas para seguir luchando. Y, finalmente, el poeta utiliza uno de los sellos postales que le envía su hermana para escribir

una emotiva carta al amigo entrañable, pues sólo le queda volver la mirada a quien sabe que no puede fallarle, ni en ésta ni en ninguna otra circunstancia, y le dice a Ramón que desea volver al terruño, pero que carece de dinero para el pasaje y le solicita la ayuda que necesita con urgencia y, claro que Ramón Sijé no se hace el sordo ante el sufrimiento del amigo y le envía el dinero para facilitarle el regreso, el cual, a pesar de las vicisitudes que lo rodearon, se realiza en mayo de 1932.

Los seis meses de sufrimientos, sin embargo, no apagaron su sed de aprendizaje y ni un ápice su talento y creatividad. No obstante aquella penosa estancia, pudo captar el ambiente de la vida literaria, la significación del movimiento neogongorino y toda la poesía de la Generación de 1927.

De vuelta en Orihuela, obtiene un empleo que le permite automantenerse, logra tener tiempo para serenar su espíritu, seguir leyendo y escribir, escribir y seguir escribiendo. Concentra su atención –con la guía de Ramón Sijé– tratando de penetrar en las obras de Góngora, pues el fluido conocimiento del vocabulario, el dominio del lenguaje y, en general, la amplia madurez cultural que requiere el barroco gongorino representa para Miguel un mayor esfuerzo, -dada su juventud y la natural tosquedad de su incultura- para satisfacer su afán de imitación y seguimiento del estilo del gran poeta cordobés. En virtud de que al poeta le inspiraba cuanto veía: flores, árboles, pájaros y sus constantes lecturas de Lope y de Garcilaso, entabla entonces una lucha

constante, que debe mantener tanto consigo mismo como con cada estrofa, con cada palabra, con cada adjetivo, para que vayan brotando cada una de las octavas reales de Perito en lunas, lucha de la que sale victorioso y parece natural entonces que su producción fuese tan prolífica, lo que se demuestra en éste su primer libro, publicado en 1933, el cual desafortunadamente no alcanzó mucho éxito en sus primeras ventas, a pesar de los esfuerzos realizados tanto por los editores por venderlo como de la buena acogida que tuvo en los círculos literarios de Murcia y Sevilla. Pero el libro no se vendía, lo que dio lugar a que Miguel se dirigiera a Federico García Lorca, quejándose por la frialdad y el silencio con que fue acogida la publicación de su primera obra, a lo que el poeta granadino le contestó dándole alientos y esperanzas de hacer algo por él. Dice Cano Ballesta que no parece que existiera, sin embargo, una verdadera amistad entre ambos poetas, pues las inquietudes de García Lorca estaban dirigidas más bien, a sus empresas teatrales que le absorbían demasiado tiempo y, a su vez Miguel Hernández habla de él en un tono escueto y distanciado.⁶ Lo anterior no impide que Hernández escribiera más tarde una de sus mejores elegías a la muerte de Federico García Lorca.

Segundo Viaje a Madrid.

A principios de 1934 Miguel Hernández siente nuevamente la inquietud y el deseo tanto de independizarse económicamente de su familia, como de

⁶ Cano Ballesta. Op. Cit. p. 26.

casarse con su novia Josefina y dedicarse a la creación de su obra literaria, por lo que en marzo del mismo año, se lanza otra vez a la conquista de Madrid. Esta vez corrió con mejor suerte, pues el destino le deparó que entrara en contacto de manera más formal con los principales miembros de la Generación de 1927: Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, etc., mientras se desenvuelve como investigador y redactor de historias de toreros en el empleo que le dio José María de Cossío, en la editorial Espasa-Calpe, situación que alivia su problema económico, sigue su noviazgo, ahora epistolar con Josefina Manresa, y continúa escribiendo los poemas que integrará a El Rayo que no cesa, así como las poesías de tendencia religiosa que publicara *El Gallo Crisis*, revista fundada por su amigo Ramón Sijé, algunos de cuyos números el mismo Hernández trató de vender en Madrid, con poco éxito.

Ya sabedor de su valía por la publicación de su auto sacramental "Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras" y algunos otros poemas en Orihuela, le dan al poeta una cierta seguridad en sí mismo y encuentra tiempo para visitar a sus nuevos amigos, con el ánimo de aprender de las nuevas escuelas y direcciones literarias que se dan en aquellos momentos en donde el movimiento intelectual es intenso. A pesar de que algunas cosas que le disgustan de la urbe capitalina, tales como la agitación y el ruido propios de la ciudad, así como su modesta pensión y principalmente los personalismos e intrigas que se observan en los grupos literarios, el poeta se encuentra a

gusto saboreando el conocimiento de aquellas nuevas tendencias y con su espíritu limpio, abierto e influenciable, encuentra fascinante la recién adquirida amistad de Pablo Neruda quien posteriormente le habría de influir poderosamente, no solamente en su obra, sino también en su vida.

Estancia en Madrid.

Miguel Hernández permanece por entonces, largo tiempo en la capital española, donde pierde su timidez de antaño, en tanto su personalidad poética crece, se le reconoce en los círculos literarios a los que ya siente propios, gana premios y naturalmente adquiere una gran seguridad en sí mismo y en su obra.

Todo el año de 1935 siente el poeta una gran inspiración que le hace producir obras muy elocuentes de su nueva personalidad y además adquiere, entre otras, la sincera amistad de Vicente Aleixandre. Quizá haya constituido esta época una de las más satisfactorias de su vida y en la que pudo haber conocido algo de felicidad, a pesar de su eterna falta de dinero.

Por otra parte, Ramón Sijé que conoce perfectamente a Miguel Hernández, siente que su amigo va perdiendo sus ideales y principios católicos, trata de recuperarlo, pero Miguel se resiste y sobreviene un cierto enfriamiento en

aquella admirable amistad a la que el poeta le debió tanto en el curso de toda su vida.

La Guerra

Mientras todo aquello ocurría en la vida del poeta, la situación política en España se deterioraba rápidamente.

En 1931, año en que fue proclamada la Segunda República española, se fundó también la llamada Junta de Ofensiva Nacional Sindicalista, de carácter fascista, con influencia tanto en Madrid como en el área agrícola. Posteriormente, en 1933, José Antonio Primo de Rivera (1902-1936), hijo de Miguel Primo de Rivera, fundó la Falange Española, agrupación política de tendencia derechista y la que aglutinó además de una buena parte de la derecha monárquica a un notable grupo de militares. En 1934 se fusionaron ambos grupos, redactaron un formulario de varios puntos que proponían, entre otros, reformas económicas y sociales.

La Segunda República entró en una grave crisis política y social. Estallaron huelgas en los grandes centros obreros, así como rebeliones campesinas debido, principalmente, a disputas y rivalidades entre las facciones de derecha, de izquierda y de aquellas que sostenían un nacionalismo a ultranza, y se autodenominaban los guardianes de la tradición hispánica.

El encarcelamiento y el posterior fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera vino a desatar todos aquellos acontecimientos que fueron creciendo en magnitud y que afectaron a todos los sectores, tanto a los artísticos como a los intelectuales, a los políticos y a los económicos. Los escritores no se vieron fuera de la vorágine, Miguel Hernández entre ellos. En nuestro poeta todo se mezcló: la influencia de Neruda, las huelgas y los levantamientos que empezaron a surgir por todas partes del país; un pasado de niñez pobre y reprimida; su amor por Josefina que se encontraba lejos de él en esos momentos; las experiencias dolorosas de su primer viaje a Madrid y ahora la perspectiva de una guerra civil que ya se veía venir; todo esto le hizo ver el mundo de una forma diferente: él, que había practicado el neogongorismo y el barroquismo en su poesía; él, que había escrito sus bellas octavas reales de "*Perito en lunas*", se siente ahora profundamente atraído por el estilo libre, abierto, socialista de Pablo Neruda. ¡qué lejos quedó aquel joven tímido, apocado y temeroso de pocos años antes! A la sazón, el nuevo Miguel Hernández actuaba en la radio leyendo sus poemas -por lo que recibe algo de dinero, que tranquiliza un poco su angustia económica-. Puede viajar a Orihuela a visitar a su novia, a sus familiares y a sus amigos de siempre.

Entonces, los que parecían levantamientos aislados que podrían sofocarse, se convirtieron en la gran marea de la guerra civil que estalla en julio de 1936. En Madrid no se habla de otra cosa y no se hacen esperar las noticias de represiones y persecuciones por todo el país, así como las de muertes de

seres queridos. La extensa lista la encabeza el fusilamiento de Federico García Lorca. Fue el gran dolor que invade el alma de Hernández el que le inspiró para escribir su elegía al poeta de Granada, y los conceptos de sangre y muerte, que siempre le acosaron, afloran nuevamente en él, para rendir homenaje al poeta injustamente fusilado.

Soldado

El año de 1936 fue extraordinariamente importante tanto para España como para la vida de Miguel Hernández. En ese año escribió el poeta cinco de las elegías más significativas de su obra literaria: Ramón Sijé falleció en diciembre de 1935 y Miguel escribió la bellísima elegía a la muerte de su entrañable amigo en enero de 1936 y casi de inmediato produjo la que, con el mismo motivo, dedicó a Josefina Fenoll, la inconsolable novia del fallecido Sijé. En mayo de 1936 muere fusilado Federico García Lorca y escribe Miguel su "*Elegía Primera*", dedicada al poeta granadino. Con motivo de celebrarse en ese año el cuarto centenario del fallecimiento del poeta toledano Garcilaso de la Vega (1501-1536), Hernández escribió una elegía a Garcilaso, a la que llamó "*Egloga*", con un corte renacentista, quizá rememorando el estudio profundo que hiciera de la obra de este autor que mucho influyó en él y que trató de imitar en su obra primera. Este poema fue publicado en *Revista de Occidente* junto con "*Sino sangriento*", que había recitado en su intervención radiofónica, en Madrid.

En julio de ese dramático año de 1936, la que parecía una pequeña insurrección, que se daba ya en lo que pudiera tomarse como un terreno abonado, se agigantó hasta convertirse en la tragedia de la guerra civil. En el asedio a Madrid, cuando la guerra estaba en sus primeros meses, falleció Pablo de la Torriente, escritor y aguerrido activista político cubano, hombre muy polifacético que vino a hacerse amigo de Miguel Hernández pues compartían las mismas ideas e inquietudes tanto literarias como políticas. El fallecimiento de este singular personaje inspiró a Hernández, en este mismo año, su "*Elegía Segunda*" (a Pablo de la Torriente, comisario político), al que pocos parecían reconocer, como el mismo Miguel se encarga de decirlo, en la segunda estrofa de su poema:

Nadie llora a tu lado:
desde el soldado al duro comandante,
todos te ven, te cercan y te atienden
con ojos de granito amenazante,
con cejas incendiadas que todo el cielo encienden.⁷

("*Elegía segunda*". OC p. 276. vv. 5-9)

En julio de 1936 Miguel decidió viajar a Orihuela a visitar a su familia, con un permiso especial que le concediera la empresa editorial madrileña en la que entonces trabajaba. Iba todos los días a Elda, pequeño pueblecito a donde la familia de su novia Josefina Manresa se había mudado desde hacía algunos meses y en donde el padre, Manuel Manresa desempeñaba el puesto de

⁷ Ver texto completo en Apéndice. Anexo I. Primera Parte

guardia civil y quien, el día 13 de agosto, cae abatido de un balazo en la cabeza, durante un tiroteo, en pleno centro del pueblo.

Este nuevo suceso trágico vino a empañar lo que estaba siendo una feliz estancia de Miguel en aquel pueblo donde vivía amable noviazgo con Josefina. A pesar de que trató de alargar lo más que pudo su permiso, finalmente, en el mes de septiembre, tuvo que regresar a Madrid, a la editorial que lo empleaba. Con gran preocupación social había seguido los acontecimientos políticos desde hacía meses y por si no hubiera tomado suficiente conciencia de la guerra, en su vuelta a Madrid acabará adquiriéndola, pues allí no se habla de otra cosa y, en octubre de 1936 el poeta Hernández decide enlistarse y lo hace como voluntario en el 5º. Regimiento, de filiación comunista. Se le destina a hacer fortificaciones, excavar trincheras y tender alambradas en el pueblecito de Cubas, pues desea ser tratado como un ciudadano más, sin tomar en cuenta su labor en el campo del arte. Posteriormente es trasladado a la Primera Compañía, en donde se le nombra comisario de cultura. Durante todas las etapas de su itinerario militar, Miguel no deja de escribir. Su producción literaria muestra el inconfundible sello de la contienda que vive, está escrita con mucho vigor y entusiasmo, pues cree firmemente en la justicia de su causa, en beneficio de la cual trabaja sin descanso desde los locales de la Alianza de Intelectuales a la que también se afilia. Sin embargo el poeta añora a su novia Josefina Manresa y decide casarse con ella, lo cual hace en sencilla ceremonia civil, el

día 9 de marzo de 1937, en Orihuela, y mientras transcurren los breves días de su luna de miel, Miguel sigue escribiendo sus versos de amor y de guerra y estos últimos son leídos en altavoces del frente o publicados en periódicos y hojas volantes. Aún no transcurren cuarenta días desde su boda cuando la pareja debe separarse, pues Josefina debe ir a Cox para asistir a su madre enferma la cual fallece en el mes de abril de 1937. Por su parte, Miguel cae enfermo de anemia cerebral, debido a su intenso trabajo por la guerra y por los disgustos que su sensibilidad debe soportar, por lo que va a Cox a reponerse. Esta es una de las primeras enfermedades que, atendidas unas sí y otras no, van minando su salud que cada vez es más precaria. De nuevo en su trabajo –ha sido destinado a Jaen- recibe la noticia de que Josefina está embarazada, lo cual llenó de gusto al poeta y dio lugar a su poema “*Esposo soldado*” y otros del mismo estilo, algunos de los cuales se publicaron en Viento del Pueblo. Con el título general de *Teatro en la guerra* escribe breves piezas teatrales, que para alegría de Miguel publica la editorial Nuestro Pueblo, en 1937.

Asistía Miguel a algunas sesiones del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas cuando inesperadamente le es ofrecido un viaje a la entonces Unión Soviética país que a la sazón vivía la euforia de un apogeo postrevolucionario. Salió pues, una comisión de intelectuales, a la que se sumó Hernández, nombrada por el Ministerio de Instrucción para asistir a un festival de teatro que se celebraba en Moscú, con la obligación de rendir un

detallado informe de sus impresiones sobre lo que habían visto y escuchado en los escenarios moscovitas, el cual resultó ser un puro elogio al arte soviético, pues todos regresaron encantados.

Miguel Hernández, el poeta-soldado se deja arrastrar por los enormes acontecimientos que estaban teniendo lugar y, sin lugar a dudas su nacionalismo se ve exaltado por ello y por su viaje a Rusia, que le hacen producir sus poemas "Rusia", "España en Ausencia" y "La Fábrica-ciudad", entre otros, que posteriormente formaron parte de su libro *El hombre acecha*, (dedicado a Pablo Neruda). Estos poemas constituyeron la prueba del impacto que causó en el ánimo de Miguel lo que observó en aquel país, en "Rusia", por ejemplo, además de alabar a Stalin, al que llama "compañero Stalin..." hace una apología del país que le hace escribir que existe una "pasión errante por el carbón y el hierro..." que mueve los trenes y la admiración que le causan "(en)...los tensos aeroplanos de plumaje tajante recorro la nación del trabajo y la nieve..." En el poema "La fábrica-ciudad" (se refiere Miguel a la ciudad de Jarkov), dice que ahí,

Se congregan metales de zonas diferentes
prueban su calidad los finos probadores,
la fundición, la forja, los metálicos dientes
y empieza el nacimiento veloz de los tractores.

(El hombre acecha. "Rusia"
OC p. 318. vv. 5-8.)

En cambio, el amor a la patria le hace añorarla. Su traslado a la Unión Soviética le inspira "España en ausencia" y mientras el avión...

Me empuja entre celajes de hermosura,
por Francia, Holanda, Dinamarca y Suecia,
a la Rusia que sueño mientras la gleba oscura
de mi cuerpo se pone pálida y menos recia.

(Otros poemas. "España en
ausencia. OC. P.347.vv. 9-12)

...el nombre amado de España, inevitablemente brota en el ánimo del poeta y le hace hablarle, y decirle a la lejana patria:

España, España: ¿quién se ha despoblado?
Nación de toros y de caballeros,
témpano de guitarras y tambores
ensimismado en música bajo el catón sagrado
del sol, de los luceros,
de los enamorados y de los bailadores.

(Ibid. vv. 23-28)

¡Que diferentes son España y Rusia! ¿Alguien quiso algún día igualarlas?

Miguel inició ese viaje el 28 de agosto de 1937, pasó por París y Estocolmo y llegó a Moscú donde permaneció hasta el 10 de septiembre. Regresó por Leningrado, Kiev, Londres y París, llegando a Barcelona, de regreso a España, a mediados del mes de octubre.

Tras pasar una breve temporada con su esposa encinta, Hernández debe continuar sus actividades militares y es destinado a Teruel. Todo el año de

1937 es de febril actividad para el poeta: escribe poesía, teatro y prosa. Hondamente identificado con el pueblo, su obra es vigorosa, resuena con voz enérgica y apasionada. Su libro Viento del pueblo – impreso durante su viaje a Moscú- es muestra de ello cuando dice en el poema "*Vientos del pueblo me llevan*":

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta

(Viento del Pueblo "Vientos del pueblo me llevan". OC. p.270 vv.1-4)

En el mes de diciembre de 1937 nació su primer hijo, suceso que embarga al poeta de alegría y le inspira bellos poemas llenos de ternura y optimismo.

Pero la vida de Miguel continúa azarosa, inquieta y llena de trabajo físico e intelectual, mas como siempre, llena de carencias y aunque la guerra sigue en todo su apogeo, ésta va tomando la dirección del ganador y pronto comienzan a retrasarse los pagos a las milicias del ejército republicano, además los alimentos escasean y así, Josefina y su pequeño hijo empiezan a sufrir, tanto de desnutrición como de molestias estomacales, ante la desesperación y la imposibilidad de Miguel de poder asistirlos, todo lo cual trajo como consecuencia que el hijito del matrimonio falleciera de una infección intestinal en octubre de 1938. El poeta, lleno de dolor, trata de consolar a su esposa, quien a pesar de estar de nuevo encinta, casi pierde

toda ilusión de vivir durante las primeras semanas que siguen al fatal desenlace. Miguel, con su sensibilidad tan lastimada escribe versos para desahogar su propia pena, los que son reconocidos posteriormente, de gran calidad.

Cancionero y Romancero de Ausencias

En abril de 1939 la guerra civil española toca a su término: los restos del ejército republicano están a merced de represiones terribles: la pobre tierra española apenas respira en medio de la matanza. Miguel Hernández se encuentra en Madrid y toma la decisión de dirigirse a su tierra. Es natural, ¿qué puede hacer un hombre que se encuentra acechado, perseguido, víctima del fracaso en muchos sentidos de su vida, si no acercarse a su cueva, cual animal herido? para buscar amigos, alivio y consuelo con la gente que lo conoce, que lo ama, y así lo hace Hernández. Llega a Orihuela y visita a su gran amigo don Luis Almarcha, a quien le comunica su deseo de irse a Sevilla, a donde en efecto, se dirige. Deambula sin rumbo fijo en aquel cuadro de desgarramiento y sigue a Huelva, ahí toma la imprudente decisión de marchar a Portugal, donde cree que pasará desapercibido. Alcanza a cruzar la frontera, pero antes de tomar el tren para Lisboa, lo detiene la policía portuguesa que lo devuelve a la guardia civil española, a la España franquista triunfadora, vengativa. Después de días de interrogatorios y vejaciones, lo envían a Sevilla, en muy otra condición que la anterior, ahora prisionero. Es

en Sevilla donde empieza su cadena de prisiones y hospitales, de ofensas, injusticias y castigos. Pero el poeta hace acopio de entereza de hombre joven, que no en vano preparó su espíritu y su sangre para recibir la combinación terrible de tristeza, dolor y pena. Aunque aturdido, es presa de una febril actividad creadora. Había empezado ya en 1938, a raíz de la muerte de su primer hijo, la creación de la que habría de ser una de sus grandes obras: Cancionero y romancero de ausencias, en la cual relata, en su bello estilo, la cadena de sufrimientos de que le hicieron víctima sus carceleros. Fue éste el último libro que escribió el productivo talento de ese magnífico artista. Nunca lo vio editado, ya que la muerte alcanzó al poeta en forma por demás prematura.

Algunos de los biógrafos del poeta indican que a la muerte de éste los originales de Cancionero y romancero de ausencias, fueron a dar a las manos de Gabriel Sijé, quien a su vez, los hizo llegar a la viuda de Hernández. Algunos otros, en cambio, dicen que fue el mismo Miguel quien los había entregado a Josefina, a quien inclusive le dijo: "Con él tendremos asegurado el pan de nuestros hijos". El mismo biógrafo sostiene que las últimas palabras del poeta a su esposa fueron "qué desgraciada eres, Josefina"⁸

⁸ Miguel Hernández, Cancionero y Romancero de Ausencias. Edic. y Pról. de Elvio Romero Buenos Aires. Edit. Losada, 1998. p. 6

Fin de la Guerra

Desde finales de 1937 y todo el año de 1938 la voz del poeta va disminuyendo de tono. El tema bélico ya no es el primero, su obra ahora se basa en temas sociales y en algunos poemas de El hombre acecha por ejemplo, sugiere el abandono de la violencia y sus anteriores escritos revolucionarios van dejando de tener esa tendencia. Ahora, sin abandonar sus ideales de justicia, Miguel hace un llamado a las prácticas humanitarias, como podemos ver en "Pueblo", cuando dice:

Pero ¿qué son las armas: qué pueden, quién ha dicho?
 Signo de cobardía son: las armas mejores
 aquellas que contienen el proyectil de hueso
 son. Mírate las manos.

Las ametralladoras, los aeroplanos, pueblo:
 todos los armamentos son nada colocados
 delante de la terca bravura que resopla
 en tu esqueleto fijo.

(El hombre acecha. "Pueblo".
 OC. p. 334. vv. 1-8)

Es evidente que ya Miguel está convencido de que la violencia y las guerras son destructoras del hombre, de su dignidad y de todo signo de progreso, que son inútiles y sólo conducen a la amargura y al cansancio. También expresa sus sentimientos en "El tren de los heridos".

El tren lluvioso de la sangre suelta,
 el frágil tren de los que se desangran
 el silencio, el doloroso, el pálido,
 el tren callado de los sufrimientos.

Silencio.

(Ibid. "El tren de los heridos"
 OC. p. 335. vv. 11-15)

Le duele a Miguel la triste condición de los hombres que han luchado y caído heridos. No hay nada que decir ante el "doloroso" panorama que se abre ante sus ojos de hombres reducidos a su fragilidad extrema, invoca el "silencio". Todo calla ante el sufrimiento humano que transporta ese tren silencioso.

A pesar de lo precario de su salud, se entrega Miguel a su trabajo intensamente, lo ha dado todo a la milicia y a sus ideales, pero habrá que aceptar lo inevitable. Hacia finales de 1938 la suerte de la guerra ya está echada y el ejército y los partidarios de la república ya temen su derrota. En medio de tan funestos presagios, nace el segundo hijo del poeta y Josefina y Miguel asiste al alumbramiento, que le hace sentirse feliz y superar, en parte, la pena de la pérdida del primero.

Con la rendición de Madrid, la guerra concluye el 28 de marzo de 1939, lo que provocó que no únicamente los que habían participado activamente en la contienda, sino inclusive aquellos que habían simpatizado con ellos, formaran largas filas en las fronteras y en los puertos, con la finalidad de salir del territorio español. Miguel Hernández se encuentra entre los que participaron activamente, pero no soporta la idea del exilio, la confusión reinante le aturde,

piensa en su familia y su apego a la misma le lleva a Orihuela, a visitar a sus padres y sus hermanos. Ya en su pueblo natal sus amigos le aconsejan que sería mejor desaparecer por algún tiempo y es entonces cuando toma la desdichada decisión de ir a Portugal, en donde, como ya digo antes, fue detenido. Después de Sevilla fue enviado a Madrid, y el 18 de mayo de 1939 entra en la prisión Celular de Torrijos. El poeta entristece al pensar en las carencias económicas que estarían pasando su esposa y su hijo, pero aún conserva un poco de optimismo, pues abriga la esperanza de que algunos de sus amigos influyentes tramiten su libertad. Fue durante su estancia en esta cárcel cuando Hernández empezó a escribir los versos que posteriormente integrarían su Cancionero y romancero, poco después inesperadamente llega la orden de su libertad provisional, aparentemente como consecuencia de un decreto de amnistía para quienes no hubieran sido acusados formalmente de algún delito cometido durante la guerra. Como quiera que sea, Miguel Hernández quedó libre el 17 de septiembre de 1939 y se dirige a Cox en busca de Josefina y su hijo, con la más firme intención de comenzar una nueva vida.

Sin embargo, no terminan ni el caos de la posguerra, ni el destino fatal del poeta, como tampoco desaparecen las guerras personales de muchos habitantes de la golpeada patria española. Miguel, desoyendo algunos consejos de amigos que le decían que era necesario tener presente el peligro

de que se dejase ver por todos lados, decide volver a Orihuela. El día 29 de septiembre come con Gabriel Sijé y al salir de casa de éste es detenido por un oficial del juzgado y conducido al Seminario de la villa, que fue convertido en penal. Ahí, durante dos meses experimenta Miguel hambres y penurias de toda clase, además de la vergüenza de estar preso en su propia tierra. El 30 de noviembre fue trasladado a la prisión madrileña de la plaza del Conde de Toreno, donde a poco de su llegada descubre la presencia de Antonio Buero Vallejo cuya compañía ayuda mutuamente a ambos escritores y hasta Buero, con infinita paciencia dibuja un retrato a lápiz de Miguel. En esta situación, algunos amigos de Hernández que no lo olvidan, lo visitan y le llevan los regalos que las circunstancias les pueden permitir y con la compañía de Buero Vallejo, el ánimo no le falta. Sin embargo, su optimismo dura muy poco, pues a mediados del año 1940 le es comunicada la sentencia que arrojó su consejo de guerra: pena máxima, condenado a muerte. La terrible noticia da lugar a que sus amigos emprendan a toda velocidad una carrera de contactos y gestiones para convencer a las autoridades de que esta sentencia podría traer graves consecuencias, a nivel internacional, para el recién instalado régimen. La pena, entonces, le es conmutada por 30 años de prisión. En septiembre abandona a sus camaradas de Toreno, pues lo trasladan a la cárcel de Palencia, en donde el frío otoño de 1940 le provoca una neumonía que lo deja bastante débil, pero Miguel no le dice nada a su esposa, por no preocuparla más. No termina el peregrinar por las cárceles españolas de este genio en

desgracia eterna, pues en noviembre del mismo año es enviado a la prisión de Ocaña, con una breve parada de 4 días en la cárcel de Yeserías, en Madrid.

La primavera de 1941 encuentra a un Miguel Hernández muy debilitado, pues no totalmente recuperado aún de la neumonía, contrae una fuerte bronquitis que mina aún más su salud. Tras un año de prisión en esas cárceles, por gestión de Germán Vergara, entonces Encargado de Negocios de Chile, es trasladado al Reformatorio de Adultos de Alicante, en junio de 1941. Por el camino llega a las cárceles de Alcázar de San Juan y de Albacete. A pesar de su sufrimiento físico, se siente animado ante la perspectiva de ver a Josefina y al niño, quienes logran salir de apuros un poco con las 150 pesetas que de vez en cuando les envía Vergara. En esta prisión Josefina puede ver a su esposo una vez por semana, en el locutorio de la misma, los días viernes y siempre le lleva comida, aunque sea escasa.

Miguel seguía cada vez más y más enfermo. El último viernes que pudo Josefina hablar con él en el locutorio, fue el 28 de noviembre de 1941. pues el siguiente 5 de diciembre, el hombre ya no pudo levantarse del lecho.

En diciembre de 1941 la enfermedad de Miguel ya le impedía toda actividad y, en este mes, el poeta dejó de escribir definitivamente. Para agravar su estado se presentó un cuadro de tuberculosis en su pulmón izquierdo, posiblemente como consecuencia de sus subsecuentes neumonía, bronquitis y pulmonía,

enfermedades que nunca le fueron bien atendidas y, por tanto, jamás le sanaron totalmente además, como si fuera poco, lo anterior se complicó con un paratífus, debido a las condiciones de insalubridad reinantes. A pesar de los trámites que se hicieron para trasladarlo a un hospital donde pudiera ser atendido adecuadamente, lo engorroso de los mismos lo retrasó fatalmente, pues cuando por fin el permiso se dio, era demasiado tarde, ya que no era posible mover al enfermo dada su gravedad. Así las cosas, el día 4 de marzo de 1942, Miguel Hernández y Josefina Manresa contrajeron matrimonio eclesiástico, fue bautizado su hijito Manuel-Miguel y Miguel Hernández se confesó y comulgó.

A mediados del mes de marzo, Miguel dejó de hablar y de comer y ya no veía. Todo el mundo sabía que era cuestión de horas. Finalmente, a las 5 de la mañana del día 28 de marzo de 1942, la ilustre figura de la poesía española llamada Miguel Hernández dejó de existir. Su cuerpo recibió cristiana sepultura en el Cementerio de Nuestra Señora del Remedio de Alicante, en donde, en una sencilla lápida puede leerse "Miguel Hernández. Poeta".

No puede negarse, desde luego, que los sentimientos de dolor y pena estuvieron profundamente arraigados en el ánimo de Miguel Hernández desde su infancia y adolescencia. Ya desde entonces se observa en él cierta

tendencia al drama y al tragicismo (según lo califica Cano Ballesta)⁹ y su mundo estuvo siempre poblado de sangre, agonía y muerte. La gran sensibilidad del poeta le hacía percibir algo trágico hasta en los eventos que pudiera alguien calificar de alegres o venturosos. Por ejemplo, si hablamos de una corrida de toros, para cualquiera otra persona es motivo de fiesta, el nombre lo dice: "la fiesta de los toros", en donde las mujeres se visten con trajes de colores rojos, anaranjados, etc, que proyectan calor y emoción, adornan su cabeza con flores y guirnaldas y lazos de colores vivos, brillantes, y los hombres dan voces, aplauden y agitan pañuelos y sombreros, las multitudes que asisten a las plazas taurinas lanzan vivas o denuestos ya a los toreros ya a las cuadrillas o inclusive, el toro es motivo de queja o aprobación de los concurrentes; se toca música alegre y por todas partes impera la agitación y la algarabía.

Para nuestro poeta, en cambio, todo aquello significa, de acuerdo con su sensibilidad, sangre, agonía y muerte. Un ejemplo claro lo tenemos en su "*Elegía media del toro*", en donde habla con el toro y le dice que el torero:

Con tu rabia sus gracias origina:
 ¡cuántas manos se dan de bofetones
 cuando la suya junta con tu esquina!

...

(OP. vv. 31-33)

⁹ Cano Ballesta. Op. Cit. p. 86. Cano Ballesta intenta introducir este neologismo en la obra de Miguel Hernández, sin la fortuna que tuvieron otros de la misma especie, en este caso para significar que la muerte es un problema fundamental en la vida y en la poesía, así como en el sentido trágico que privó en la vida del poeta.

Para Miguel Hernández los aplausos son "bofetones" mutuos entre las manos del público; y más adelante sigue diciendo del torero que

...

¡Entre el crimen airoso del capote
para ti fue el dolor, para él la gloria!

...

(Ibid. vv. 45-46)

En esta elegía, que trata del desarrollo de una lidia de principio a fin, el poeta otorga al toro todo el éxito de la corrida, dejando al torero sólo en calidad de criminal.

Otra de las elegías taurinas de Hernández es "*Citacion final*", dedicada a la muerte del torero Ignacio Sánchez Mejías en donde es evidente el cambio de tendencia del autor en relación con la anterior, dedicada al toro, y ahora habla con Sánchez Mejías, al que le dice que:

...

Vino la muerte del chiquero: vino
de la valla, de Dios, hasta su encuentro
la vida entre la luz, su indumentaria:

...

(Ibid. vv. 17-19)

Aquí el toro ya no es el héroe, aquí es la muerte y, en virtud de que el animal es un irracional, la muerte también vino de Dios, y sigue diciéndole a Sánchez Mejías:

...
 Mas. ¿qué importa que acabes...? ¿No acabamos
 todos aquí, criatura,
 allí en el sitio donde Todo empieza?

...

(Ibid. vv. 47-48)

Ya es natural para Miguel que la muerte llegue, siguiendo su tendencia a esperarla, aunque la tema, porque más adelante dice que

...
 Estoy queriendo, y temo la cornada
 de tu momento, muerte.

...

(Ibid. vv. 62-63)

un pesimismo resignado, doloroso le mueve a aceptar la muerte inevitable, aunque en realidad no sabe cuando vendrá la suya propia y a pesar de que le llena de miedo, el saber que morirá algún día, el solo hecho de aceptarla la hará menos penosa.

IV.-LA ELEGIA

La palabra Elegía proviene del latín *ELEGIAM* que a su vez la tomó del griego *ÉLEGOS*, misma que posteriormente derivó a *ELEGÉIA*, y de la cual finalmente, la tomó el latín. Se usó por los griegos y romanos cultos para designar a una composición poética formada por hexámetros y pentámetros alternados. En español fue utilizada por primera vez hacia 1495 y nos indica un poema lírico que generalmente expresa sentimientos de tristeza por la muerte o desaparición de alguien o algo muy querido o muy admirado.

El canto fúnebre que es la esencia de la elegía, no solamente figura en la poesía reciente, sino que también fue un género cultivado desde tiempo antiguo, por poetas que manifestaron su pena y su dolorosa angustia por la pérdida o destrucción de algo muy querido o muy valioso. Así, encontramos que muchos siglos antes de la Era Cristiana, nueve aproximadamente, Homero el gran poeta épico escribió *La Iliada*, obra maestra de la Humanidad en la cual describe la guerra de Troya. En este maravilloso poema Héctor uno de los héroes es matado por Aquiles "el de los pies ligeros..." Hécuba, su madre y Andrómaca, su esposa, lloran la muerte de Héctor. Andrómaca dio comienzo a las lamentaciones, tipificando una de las elegías más hermosas, escrita en elegante prosa. Homero dice que "la de los niveos brazos", sosteniendo la cabeza del difunto con sus manos, exclamó:

¡ Esposo mío! Saliste de la vida cuando eras joven, y me dejas viuda en el palacio...será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú, que eras su defensor, el que la salvaba...¡Oh, Héctor! Has causado a tus padres llanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves...

Hécuba, la madre del héroe "matador de hombres", llorosa, clamó:

¡Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No puede dudarse de que en vida fueras caro a los dioses, pues no se olvidaron de ti en el trance fatal de tu muerte...yaces en el palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante a Apolo...

No se quedó atrás Helena, la bella mujer causante de la guerra de Troya, quien al ver el cadáver, lloró:

¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Con el corazón afligido, lloro a la vez por ti y por mí, desgraciada; que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan...! ¹⁰

¹⁰ Homero, La Ilíada, México, Porrúa. 1992. p. 780. (Col. Sepan Cuantos. No. 2)

Homero establece, al final de su obra que con diversos actos y estas manifestaciones de dolor, se celebraron las honras fúnebres de Héctor, el "domador de hombres". Op. Cit. pp. 780-890.

GENESIS ELEGIACA

La Biblia, en el Antiguo Testamento, ofrece muchos ejemplos de elegías. En el Libro segundo de Samuel encontramos que en la época del reinado de David, al enterarse éste de la muerte de Saúl en la batalla contra los amalecitas, llora a Saúl y al hijo de éste, Jonatán, con este triste cantar en el Libro del Justo:

Sin sangre de muertos, sin grasa de héroes...Saúl y Jonatán, amados, queridos,/ inseparables en vida, inseparables en la muerte también: eran más fuertes que los leones ¿Cómo en la batalla sucumbieron los héroes/? ...¡Me duele el alma por ti, Jonatán/ hermano mío, tan amoroso conmigo./ Tu amistad me fue más dulce que el amor de las mujeres/ ¡Sucumbieron los héroes, los guerreros perecieron! ¹¹

(2 Sam 1 23,25,26, 27)

Otra muestra del dolor y la pena que causa al ser humano la pérdida de algo que simboliza su amor, su admiración o su apego no importa que se trate de una persona, como en el caso de Héctor, Saúl o Jonatán, o de un objeto, o inclusive de toda una ciudad, y que expresa en un llanto que vacía su alma impregnada de una angustia que parece no tener fin la manifiestan claramente las lamentaciones que la *Biblia* nos permite leer en *Los Libros proféticos*. Así, podemos saber que algún tiempo después de instalado en

¹¹ El Libro de los Profetas. Jeremías. Lamentaciones. En *La Biblia*, Navarra, España. Edit. Verbo Divino. 62ª. Edic. 1995.

Israel, el pueblo empezó a apartarse del camino del Señor su Dios. Después de una serie de castigos inevitables, se llegó al asedio bélico de Jerusalén por parte de Nabucodonosor, rey de Babilonia, quien hace caer abatida a la ciudad, la saquea, incendia y destruye totalmente en el año 600 a.J.

(Libro II. Reyes, 29,1)

(Libro II. Crónicas 36, 17-21)

Jerusalén desolada es motivo de que Jeremías llore su destrucción en cinco patéticas lamentaciones de las cuales se transcribe una fragmento de la primera: ¹²

Los caminos de Sión están de luto/pues nadie va a sus fiestas/
Todas sus puertas están destruidas, gimen sus sacerdotes/
sus doncellas están llenas de tristeza/
¡Jerusalén está llena de amargura!

Otro ejemplo bíblico del contenido y la esencia de la elegía lo encontramos en *Los libros sapienciales y poéticos* en los que se incluye la historia de Job, hombre justo que se ve privado de todos sus bienes y sus hijos. Estos libros de sabiduría nos muestran que la extrema miseria a la que se ve reducido el hombre le lleva reflexionar sobre lo insatisfactoria que es su vida en la tierra y, en el caso de Job, le hace llorar, diciendo:

Si se pudiese pesar mi aflicción y poner mis males en una balanza/
pesarían más que la arena de los mares.../

(Jb 6, 1, 2)

¹² Op. Cit. (Lam. 1, 4-22)

No obstante la pena que le embarga, Job no reniega de la voluntad de Dios que le tiene en la miseria y enfermo, pero sí se duele amargamente de lo que le sucedió y más adelante clama:

No quiero callarme/ sino que expresaré la angustia de mi espíritu/ haré que escuches la pena de mi alma/...mira que desfallezco, no viviré para siempre/

(Jb 7- 11,16) ¹³

Todos estos lamentos nos dan una muestra más de que el hombre no tiene una respuesta adecuada a lo que considera una injusticia y la elegía es la manifestación poética extrema de la angustia humana ante la muerte o destrucción de alguien o algo muy amado. ¹⁴

Por otro lado, la expresión lírica del Medioevo español abunda continuamente en las alusiones a la muerte. Era un tema típico en la literatura de esa época. A menudo el binomio vida/muerte aparece en la obra de algunos escritores como una necesidad de reflexionar sobre la muerte a partir de la vida y trata de justificar el camino que irremediabilmente vamos caminando, como implacable sentencia. Una de las grandes obras literarias que demuestra esta

¹³ El Libro de Job se incluyó en los Sapienciales debido a que enseña al hombre que el dolor es una muestra de la Sabiduría Divina. Se ignora quien fue el autor del Libro de Job, pero se acepta que se trata de un israelita erudito. Su inspiración ha sido reconocida por la tradición de la Iglesia Católica y solemnemente definido por el Concilio de Trento.

¹⁴ Se incluyen solamente fragmentos de las lamentaciones, en virtud de que la extensión de cada una prolongaría mucho su lectura y los fragmentos incluidos tipifican el contenido elegíaco de los textos originales.

tendencia del pensamiento medieval en sus continuas alusiones a la muerte, es indudablemente la de Jorge Manrique: "*Coplas a la muerte de mi padre*".

Ninguno de los biógrafos de Miguel Hernández menciona que el poeta haya leído a Jorge Manrique (1440-1479), exponente clásico de la elegía, con la única que escribió a la muerte de su padre. Obra muy destacada hasta ahora por reunir además del cuidado en el detalle y la precisa concisión en el lenguaje, la obsesión de la muerte. Descendiente de una distinguida y rica familia emparentada con la realeza, este poeta vivió en la España medieval en la que era costumbre de la altas esferas sociales que los hijos siguieran la carrera eclesiástica o la de las armas, Jorge Manrique siguió la de las armas en cuyo ejercicio murió en Cuenca, en 1479, a la edad de treinta y nueve años. Alternando la poesía con la guerra, el poeta escribió también poesías satíricas y amorosas, pero fue hasta que la muerte de su padre don Rodrigo le inspiró su obra cumbre "*Coplas a la muerte de mi padre*" cuando ésta adquirió la categoría de clásica y coloca el nombre de Jorge Manrique entre los grandes poetas en lengua castellana. La raíz de la grandeza de las "Coplas" radica en su autenticidad, pues el autor hace de ellas un acto de entrega a su propio sentimiento en el que ha de desarrollarse bellamente el marco de la elegía. En las estrofas 25 y 26 dice el poeta:

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente
el maestre don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
y tan valiente

...
 ¡Qué amigo de sus amigos!
 ¡Qué señor para criados
 y parientes
 ¡Que amigo de enemigos!
 ¡Qué maestro de esforzados
 y valientes!

(Coplas. v.v. 289-294, 301-304)

En este poema Jorge Manrique llora la muerte de su padre; en las estrofas de la 25 a la 40 invoca su memoria; alaba sus muchas virtudes y trata de encontrar consuelo invocando a Dios ante quien se muestra humilde y resignado.

En esta obra no se utilizaba aún el término "elegía", probablemente debido a que la definición y su uso fueron adoptados por el idioma español hasta aproximadamente en 1495, cuando ya hacía casi veinte años que Manrique había fallecido, en todo caso tiene en las "Coplas" el exponente primero de un género de poesía muy expresivo del dolor y la tristeza por la desaparición de alguien muy querido, su propio padre.¹⁵

Por otra parte, hacia los siglos XV y XVI, encontramos también, en el ruidoso llanto producido por las "plañideras" (mujeres contratadas especialmente para llorar durante los entierros), lo que se tomaría como una cierta clase de

¹⁵ Manrique Jorge. Coplas a la muerte de su padre el Maestre de Santiago Don Rodrigo Manrique. Madrid. Edic. Busma, S.a. 1988. Marcos Sanz Agüero, en el prólogo de esta edición indica que al poeta le sirvieron como cimientos de su obra los versos escritos por varios poetas anteriores a él, entre los que se cuenta a su tío Gómez Manrique con sus "Coplas para Diego Arias de Avila", que reflejan la tradición de la época, pero sin restar un ápice a la calidad de la obra de Jorge Manrique. Op. Cit. p. 15.

"elegía". Sin embargo, este falso llanto, por pagado, al no representar un dolor auténtico, podríamos calificarlo como una elegía apócrifa, a pesar de que, por explosivo y espectacular, llamara la atención de los concurrentes a aquellos eventos funerarios que lo tenían por bien visto. Afortunadamente estas costumbres desaparecieron con el tiempo, sin dejar otra huella que los recuerdos desagradables de una época de cambios en muchos sentidos.

La elegía pues, se encuentra en todas las épocas literarias. En el siglo XIX el famoso escritor José de Espronceda (1808-1942) fue un hombre de agitada vida y prolífica producción poética. En 1840 publicó su poema El diablo mundo, formado por un prólogo, una introducción y seis cantos.¹⁶ El Canto II a Teresa es una muy emotiva elegía dedicada a una de sus amantes, probablemente a la que más amó, o cuando menos, la que le inspiró este poema.¹⁷ Escrito en 44 octavas reales, este largo poema manifiesta el dolor del hombre por la muerte de la mujer amada. El poeta describe con grandes evocaciones a un pasado feliz que, por intenso, le provoca las tristísimas reflexiones que expresa con una elocuencia admirable. Sin embargo, con ser tan grande su pena, en la octava 19, que se transcribe a continuación, dice que no logra derramar las lágrimas que considera que podrían darle el consuelo que anhela, para poner fin al tormento que le agobia:

¹⁶ De Espronceda José. Obras poéticas, México, Porrúa, (Col. Sepan Cuantos, No. 202), p. 87.

¹⁷ De Espronceda incluye un pie de página en este poema en el que dice: "Este canto es un desahogo de mi corazón; sáltelo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna con el poema".

¡Oh, Teresa! ¡Oh, dolor! Lágrimas mías,
 ¡ah! ¿dónde estáis que no corréis a mares?
 ¿Por qué, por qué como en mejores días
 no consoláis vosotras mis pesares?
 ¡Oh! los que no sabéis las agonías
 de un corazón que penas a millares
 ¡ay! desgarraron, y que ya no llora,
 ¡piedad tened de mi tormento ahora!

Este *Canto II a Teresa*, de Espronceda, fue objeto de una brillante apología por parte de Pere Gimferrer, en su lectura a Piedra de Sol, de Octavio Paz, en la cual califica de pieza única al poema y que "con recursos algo toscos, pero con una convicción de veracidad impresionantes expresan (...) la ascensión hacia una mujer trascendida y sublimada". Así, pues este "*Canto a Teresa*" es un claro ejemplo de la elegía romántica del siglo XIX.¹⁸

Ya en el siglo XX, Federico García Lorca fue también un prolífico escritor de elegías, entre las que se encuentran entre otras, la "*Elegía a Doña Juana la Loca*", (1918); "*Elegía*" (1918), dedicada a una mujer negra; "*Elegía del Silencio*" (1920), dedicada precisamente al silencio; "*Muerte de Antofito el Camborio*" (1920), etcétera. Pero desde luego, la más famosa de las escritas por este poeta es la que dedicó a su querida amiga Encarnación López Júlvez y que tituló "*Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*", (1935), escrita a la muerte de un torero con ese nombre. Se trata de un poema de 218 versos, dividido en cuatro partes, en la primera, titulada "La cogida y la muerte", el primer verso: a las cinco de la tarde, es un estribillo que el poeta va alternando después de

¹⁸ Octavio Paz, Piedra de Sol, Lectura de Pere Gimferrer. Barcelona, Anagrama, 1998. p. 22.

cada verso, hasta finalizar con la manifestación doliente que le hace exclamar en los últimos cuatro versos:

A las cinco de la tarde
 ¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
 ¡Eran las cinco en todos los relojes!
 ¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

(Op.Cit. vv. 49-52)

La segunda parte del poema fue titulada "La sangre derramada" y expresa la negativa del poeta para ver la sangre vertida por el torero y dice a todos, repetidamente, en el estribillo *¡Que no quiero verla!* de los versos 53, 55, 60, 64 y 74, que no lo obliguen a verla, pero al final, a pesar de esta negativa, escribe

No hay cristal que la cubra de plata
 No
 ¡¡ Yo no quiero verla !!

(Op.Cit. vv. 142-144)

La tercera y la cuarta partes de este poema son, igualmente, dolorosas manifestaciones de la pena que produce en el ser humano el fallecimiento de alguien admirado, ya sea por su arte o por su gracia y siempre producirá la muerte un penoso hueco en el espíritu, máxime si se trata del espíritu de un poeta de la talla de Federico García Lorca, quien entonces dejará a la posteridad una obra magistral.¹⁹

¹⁹ Federico García Lorca, Obras completas, Madrid, Aguilar. p. 467.

Así también, toda la manifestación de la tragedia, la auténtica, la real, expresada en el arte de la literatura encuentra vigencia en los dolorosos poemas elegiacos de Miguel Hernández, escritos en su propio estilo y actualizado a su tiempo.

Aún más, la actitud, el concepto y el sentimiento elegiacos en Miguel Hernández no solamente se halla en los poemas que en este género escribió, sino que se manifiesta también evidentemente en casi toda su existencia y su obra. Así, desde el nacimiento hasta la muerte del poeta, observamos una vida llena de sentimiento trágico que privó en su arte y que está pleno y evidente, por ejemplo, en su descripción de las corridas de toros que, en sí mismas encierran un concepto de elegía por el sacrificio y muerte de una bella y noble bestia que nada sabe del arte de la tauromaquia, pero que el poeta describe perfectamente.

Hacia 1928, mientras Miguel Hernández devora con avidez toda clase de libros, encuentra tiempo para divertirse, como todo adolescente. Forma un grupo teatral en el que a veces actúa con entusiasmo y también un equipo de fútbol, en el que lejos de mostrar aptitudes de deportista, muestra su talento de poeta aún en ciernes, así, dentro de su poesía adolescente encontramos su primera elegía "*Elegía al guardameta*", dedicada (1928 ó 1929) a Lolo, joven guardameta del equipo que formaron Miguel y sus amigos, Lolo murió al

estrellar su cabeza contra el poste de la portería al intentar parar un gol, la pelota no pasó, pero el golpe mató al muchacho.²⁰

En el tiempo en que ocurrió este terrible accidente, Miguel aún experimentaba un fuerte afán de imitación de sus autores preferidos y con la vista clavada en sus modelos escribió este poema en un estilo que recuerda el gongorismo que entonces practicaba.

En 1930, en medio de la incompreensión del ambiente familiar, su círculo de amigos le facilita sus actuaciones en público, como la del Casino de Orihuela en la que Hernández lee y explica con dibujos sobre el pizarrón su "*Elegia media del toro*", en esta lectura el poeta hizo gala de una gran seguridad y conocimiento de la fiesta taurina, como si sus descripciones le fuesen muy familiares. Un acto similar tuvo lugar en el Ateneo de Alicante, en 1933.

Sobre el conocimiento de la tauromaquia que el poeta muestra, algunos de sus biógrafos dicen que el joven no pudo haber asistido a las corridas debido a que su familia era pobre y no podía, por lo tanto, haber costeado esa afición. Otros sostienen que Carlos Fenoll aseguraba que Miguel se perdía pocas corridas en el coso de Orihuela.²¹

²⁰ Miguel Hernández . Op. Cit. p. 43. Ver texto completo en el Apéndice. Anexo I. Primera parte.

²¹ Iriondo, Txema. Op. Cit. p. 253. Esta autora cita a José María Barcells en "Informaciones de las artes y las letras". Madrid, 1970, p. 14.

Como quiera que haya sido, estas experiencias demuestran la influencia y la importancia que tuvo la fiesta taurina en la vida y en la obra del poeta, la cual le ayudó en el desempeño del empleo que posteriormente y durante uno de sus viajes a Madrid, le ofreció José María de Cossío cuando éste dirigía su Enciclopedia *Los Toros*. Sin embargo, parece que el poeta ya había escrito todo sobre este tema antes de obtener el empleo, lo cual no parece muy descabellado. Como quiera, Miguel en su obra Perito en lunas (1933) incluye versos relativos al toro, en las octavas III y IV, las cuales dentro de una marcada influencia barroca, tienen como protagonista principal al toro, conocimiento que se hace muy evidente en la égloga "*Corrida real*", poema en el que alude, dentro de su peculiar estilo neogongorino, los diferentes elementos de la fiesta, desde los carteles, la plaza, los pases, etc.

Por otra parte, todos los jóvenes asistentes a la tahona de los Fenoll procuraban también mantenerse al día de los acontecimientos literarios que se producían en España, recogiendo al menos un ejemplar de las obras que iban publicando los autores de sus simpatías. Así conocieron a Luis Cernuda, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre y, desde luego a Federico García Lorca, de gran influencia entre ellos, los famosos integrantes de la Generación de 1927.

V. ELEGIA A GABRIEL MIRO

En 1930, a la muerte de su admirado paisano Gabriel Miró (1879-1930) ya tenía Miguel Hernández leída toda o casi toda su obra. Todos los compañeros del poeta sintieron no menos intensamente la desaparición de este escritor y, a su vez, la dedicaron algunos escritos lamentando su pérdida, los cuales fueron viendo la luz durante los años posteriores, cuando el mismo Miguel pensaba y luchaba, a sus veinte años de edad, en qué y cómo haría para no morir de angustia y de tedio en un ambiente familiar que no le entendía, cuyo padre se empeñaba en que siguiera siendo pastor y cabrero, en donde a pesar del ambiente que le alimentaba de inspiración pastoril, limitaba su desarrollo cultural. Pero el infausto hecho de la muerte de Miró le hace hallar, sin embargo, tiempo y sobre todo, motivo para crear su "*Elegia a Gabriel Miró*" (1930), escrita en una bella prosa llena de poesía, siendo la única que produjo Hernández en esta forma de lenguaje. La dedicó a Juan Ramón Jiménez, aun cuando todavía no existía contacto personal con este gran poeta, representativo de la poesía pura.

Así, leemos:

ELEGIA DE GABRIEL MIRO

(1930)

A J.R.J.

Al preliminar canto de la luna en los últimos de mayo –para eras de junio, cuando los comités de plenos verdes, de chumberas, invitan a la continuidad-, el moral al azúcar, la seda encapillada a la transformación, si al sueño, del reptil que deshila su existencia, y las palmeras, alineación de bronce y geometría, dejan de menear rosarios, abalorios sabrosos a su altura entonces, ruy-señor mayor de edad, te encierran bajo llave...²²

La prosa, impregnada de poesía, tiene la marcada influencia barroca, que Miguel practicaba en aquellos años, en donde el hipérbaton se hace presente en una serie de metáforas. Invoca también a la luna, elemento que ocupa un lugar muy importante en casi toda la obra del autor, y especialmente en esta época de su vida.

En la primera línea, para empezar, nos habla de la luna, importante en toda la obra hernandiana. En sus líneas segunda y tercera, la higuera tiene también su lugar, -que nunca perdió, una higuera que nos recordará siempre al poeta- pero no habla de la muerte, no la menciona, habla de ella, pero la palabra que

²² Se incluye el texto completo en el Apéndice. Anexo I. Primera parte.

emplea es “sueño”. Este sueño es envuelto por la tela que deshilo el gusano de seda al que el poeta llama “reptil” que, alimentado por las hojas de la morera, “deshila su existencia” para envolver “a la transformación” que ha de sufrir el cuerpo del difunto a quien el poeta se dirige como “ruy-señor mayor de edad”, al que “encierran bajo llave” y las palmeras permanecen quietas, transidas de dolor, sin movimiento que pudiera hacer caer sus frutos, poéticamente llamados “rosarios, abalorios sabrosos a su altura”.

El segundo párrafo nos habla del dolor del poeta:

¡Ay, la joya, tu voz, joya metida ya en estuche de madera!

La muerte, sustraendo, te ha restado.

Licenciado, tu pájaro de tinta en la etiopía breve del tintero, cantos que hubieran sido sin remedio, quedaron sin autor en su picudo hacer, cantador al contacto de estados por los puros boreales.

Queda tu voz escrita, no tu voz pronunciada.

El poeta ya no escucha la voz de Miró, a la cual califica de joya “metida ya en estuche de madera”. Sólo los escritos del fallecido quedan como una “voz pronunciada”. Ya en esta parte de la prosa Miguel sí habla de la muerte a la que llama “sustraendo” que ha restado de la vida al escritor, dejando su pluma –de ave- con el pico “cantador”, metido en el tintero.

En el tercer párrafo vemos:

Aun la muerte te saca olor de rosa de lo más hondo y hondo de los dedos.

La rosa ya no tiene compañero. Rosa: estatua del beso; depurativo del aire a lo cadáver de tu estancia.

Bate sus campanadas de pechuga el palomar lunado del magnolio.
Amarillez los limoneros lloran.

Miguel Hernández alude en esta parte de su elegía a la Rosa que se ha quedado sola, que "ya no tiene compañero", a la que, sin embargo, perfuma con "olor de rosa", a la obra postrera del escritor, mientras las flores del magnolio, semejantes a pechugas de palomas iluminadas por la luna, se agitan por el viento. Y finalmente, Miguel utiliza el hipérbaton metafórico en la expresión "amarillez los limoneros lloran".

En el cuarto párrafo de esta elegía, Miguel nos dice:

Tengo presente en la mañana tuya, y de los dos, tu ausencia que me distrae el sabor de su belleza, intérprete hablador del mutismo polar de los azahares, antes; vagón de carne, ahora, bajo un túnel sin vía y sin salida.

La ausencia del escritor muerto, trae a la mente de Miguel el recuerdo de la lectura de su obra, lo que hace que el dolor no parezca demasiado grande por la pérdida de la persona del escrito muerto, sino más bien parece sentir la pena de que no esté más "el intérprete hablador del mutismo polar de los azahares", es decir, el que hacía hablar a los azahares, blancos como la nieve de los polos. Sin embargo, al poeta lo consuela de su "ausencia" el recuerdo

del “sabor de su belleza”, y finaliza este párrafo diciendo que el poeta fallecido es ahora un “vagón de carne” que viaja “bajo un túnel sin vía y sin salida”.

En el quinto párrafo leemos:

Tu mano, de colores, de escarbar el perfume de las flores, ¡tánto!, siempre en los párpados de un día, tu cuerpo todo tacto, tú que el pulso sentías, y la circulación ¿no?, de las cosas, el perfecto de vida de hermosura, te irás perfeccionando de fealdad entre dos entretiembras.

La carcoma, el gusano, deshilará tu muerte laborable para aumentar su vida.

Miguel dice que el escritor irá perdiendo su hermosura con el paso del tiempo, al estar bajo “dos entretiembras” y el palpitar de la vida cesará en aquellas “manos de colores” ya sin tacto, sin pulso ni circulación y la vida se enriquecerá sólo en el gusano que se alimentará con el cuerpo del fallecido.

En el sexto párrafo el poeta escribe:

Hay en cada azucena una viuda blanca sobre un palco, por culpa de haber muerto, celestino del alba como el gallo.

Se le escapan al mar todos los barcos...

Encajonado vas, en caja, igual que el toro, igual que la naranja a su destino, con tu murria de pena de tus ojos.

Los elementos que intervienen en este párrafo de la elegía a Gabriel Miró, permanecieron en la mente de Miguel durante muchos años de su corta vida. En efecto, las flores –“la azucena”- “el gallo” y el “toro”, éste último con sus correspondientes alusiones taurinas “encajonado”, “con un palco”, están

presentes en esta prosa, escrita en 1930, cuando ya Miguel sentía que la inquietud de su talento le pedía más espacio, más tiempo, cuando ya maduraban en él otras producciones en la que también intervendrían esos elementos que estarían fuertemente marcando no sólo una gran parte de su obra poética, sino con las cuales y con cuya inspiración escribiría otras tres de sus elegías: *Elegía Media del toro*, *Citación Final* dedicada a la muerte de Ignacio Sánchez Mejías y *Elegía al gallo*.

Las flores del funeral (azucenas) son para Miguel otras tantas mujeres enlutadas de blanco por la que el poeta califica de temprana muerte que, imitando al gallo, ocurre al "alba" de la vida del escritor muerto.

En el séptimo párrafo de esta elegía Miguel nos habla de:

Las cerezas, cascabeles para otras diligencias, borlas para otras mantas, derrocan sobre ti sangre barata.

Las culebras, los lagartos quisieran, ¿no quisieran?, igual que los toreros millonarios, cortarse la coleta, aquí en tus sierras.

Tu quietud se ha quedado limitando eternamente al norte con tu obra, al sur con tu tristeza, y al este y al oeste con toda la belleza.

El rojo color de las cerezas, de por sí, excitante es para el poeta sólo motivo de tristeza, lo compara con el color de la sangre, ese color, aplicable a todo evento pleno de bullicio, que sirve de adorno a objetos de fiesta y de alegría, para Miguel es una "sangre barata" por ser únicamente el jugo de la fruto que cubre al admirado escritor que se ha ido.

Nos sigue regalando Hernández con su bella prosa en el siguiente párrafo, cuando haciendo uso de su simbolismo genial, compara a los "toreros millonarios" con "culebras y lagartos" tristes, que desean mutilarse como consecuencia de su tristeza. Así, los cuatro puntos cardinales han representado, según nuestro poeta, en toda su extensión, los límites de la obra, de la tristeza y de la belleza de la misma obra del escritor cuya muerte es motivo de esta elegía.

En el octavo y último párrafo de esta bella prosa, Miguel Hernández escribió:

Entre página y página de ella, voy planchando magnolias, árbol del Paraíso, camisas de serpientes, fundas caladas, verdes de aquel bello veneno a lo cohete.

Finalmente, guarda Miguel los recuerdos de Miró como pétalos marchitos en las páginas de sus libros, que es lo que queda a semejanza de piel de "serpiente" cuando ésta muda de "camisa" y cuyo veneno califica de "bello" y de "cohete".

VI.- ELEGIA A RAMON SIJÉ

Uno de los poemas más hermosos, sentidos y sinceros de todos los que escribió Miguel Hernández fue sin duda alguna la "Elegía" a la muerte de Ramón Sijé en El rayo que no cesa, pues en ella expresa todo el dolor que le causó el prematuro fallecimiento de su queridísimo amigo, a quien el poeta llamaba su hermano y fallecido a la edad de 22 años (1913-1935), elegía escrita el 10 de enero de 1936.

Se había distanciado ligeramente de Sijé, según queda establecido en otro capítulo de este trabajo, pero el amor al amigo de siempre nunca disminuyó y mucho menos se acabó. Este poema ha constituido una maravillosa obra de arte no sólo de la literatura española, sino de la literatura universal. Trataré de entender lo que el poeta quiso expresar con tan exquisitas palabras.

A LA MUERTE DE RAMON SIJÉ

E L E G I A

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería).

Ya desde este momento nos anuncia Miguel Hernández lo profundo del dolor que le causa la muerte del amigo, una muerte que le lastima como si fuera la propia. Utiliza el complemento indirecto "ME" en medio de la expresión "se

me ha muerto...." que indica que le afecta en lo más profundo de su persona, su ser íntimo registra lastimosamente la muerte de Sijé y es Miguel sobre quien recae el peso, la pena del fallecimiento de Ramón , en el pueblo que es de los dos, Orihuela compartida por ambos, como la amistad limpia, incondicional que los unió siempre. Asimismo, emplea el poeta la preposición CON en el epígrafe. No dice "a" (quién tanto quería) al referirse a su amigo, y hay una razón para ello: el poeta dice que fue CON Ramón Sijé "con quien tanto quería", aquí no habla del cariño a su amigo, como podría suponerse, sino que evoca los tiempos en que ambos vivieron el aprendizaje de Miguel bajo la sabia guía y orientación de Ramón Sijé cuando el poeta mostraba su ansia de saber, su deseo de aprender lo que su amigo y otras personas cultas pudieron enseñarle en aquellos tiempos en que su talento natural pedía su surgimiento a la vida literaria. La noticia de la muerte la recibió Hernández durante su estancia en Madrid, marchó de inmediato a Orihuela, pero al llegar ahí, Sijé ya había sido sepultado. Siente de inmediato el abandono, una soledad que no tiene dimensión y escribe.

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

(ERS.vv.1-3 El rayo que no cesa cesa)

Un llanto sin control provoca en el poeta el impacto de la muerte de su "compañero del alma". Dice un "yo quiero" rotundo que contiene la decisión

de llorar sin medida y dedicarse a cuidar la tierra donde, ahora convertido en estiércol, yace su amigo, a tan temprana edad.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento
de las desalentadas amapolas.

(Ibid., vv-4-6)

En este terceto el poeta, a la vez que baña con sus lágrimas una ausencia, busca la compañía de otros elementos que alimentar. Las lluvias serán aumentadas con su llanto, alimentará a las plantas - "órganos" - y a las "caracolas", y, en forma especial a las "amapolas" que han perdido el aliento en amistoso compañerismo con el dolor del poeta.

Daré tu corazón por alimento
tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por dolor me duele hasta el aliento.

(Ibid., vv-7-9)

Para las amapolas impone un "alimento" especial, nada menos que el corazón de su amigo, ese corazón de cuya amistad y presencia ahora se verá privado, causándole al poeta un intenso dolor que le invade todo su ser y le corta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida
un empujón brutal te ha derribado.

(Ibid., vv-10-12)

Aquí utiliza Miguel un lenguaje fuerte para lamentarse de la causa de la muerte del amigo, denotando su gran enojo emplea los sustantivos con un adjetivo diferente para cada uno, la dureza del "manotazo", el "golpe" fue "helado", el "hachazo" es a la vez, "invisible y homicida" y fue "brutal" el "empujón" que derribó a Sijé. Miguel busca y acumula las palabras que indiquen la ira y la impotencia de que es presa y los adjetivos que señala a cada sustantivo son por demás elocuentes y descriptivos de aquel estado desesperado en que se encuentra.

No hay extensión más grande que mi herida
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siendo más tu muerte que mi vida.

(Ibid.,vv-13-15)

La herida abierta en el poeta es tan grande que no hay nada que se le compare, no existe una unidad de medida que sirva para establecer una comparación adecuada para conocer el tamaño de su herida, de su desamparo y de su soledad pues de tal manera fue grande la identificación con su amigo que ahora la muerte de Sijé lo identifica más con él que la vida que antes tuvieran ambos.

Ando sobre rastrojos de difuntos
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos

(Ibid.,vv.16-18)

Vaga Hernández en el cementerio, solitario "sobre rastros de difuntos", restos olvidados de gente cuya vida se ha ido para siempre; siente el frío de la soledad en la tierra en que camina. Desconsolado, busca el apoyo del amigo que nunca volverá y aún así, sin alivio y a pesar de su pena, debe atender a los asuntos de su vida cotidiana.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada
temprano estás rodando por el suelo.

(Ibid.,vv-19-21)

El poeta, en su lamento, ve a la muerte cual ave de rapiña; la acusa de cobrar altura para después descender en picada sobre su joven presa. La "madrugada", alevosamente anticipa la hora y se adelanta a sí misma, para caer sobre quien dormía con la esperanza de futuras realizaciones, y Ramón Sijé, víctima del vuelo de la muerte y de una madrugada fuera de tiempo, cae prematuramente, inocente, indefenso, dejando a Hernández hundido en su desesperanza y en su soledad.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

(Ibid., vv. 22-24)

La "muerte", enamorada de todos los seres humanos, no exceptuó a Ramón Sijé, y aunque ese enamoramiento pudiera considerarse como una disculpa

para llevárselo, el poeta no la absuelve de tal audacia. Tampoco perdona la desatención de la "vida", que no tuvo el cuidado de atender y cuidar la salud del amigo querido para tenerlo en pie. La "tierra", que ahora cubre el cuerpo del difunto, es también culpable de tal atrevimiento. Y, finalmente la "nada", lugar al que se supone que van los muertos, es también motivo del rencor de Miguel que no concede perdón a ninguna de las causas de la ausencia del amigo.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

(Ibid., vv. 25-27)

Miguel empuña una serie de instrumentos vengadores del terrible agravio. Todo lo que pueda herir. "piedras, rayos y hachas" desea que zumben como una "tormenta" que arrase con todo aquello que le causa el grave dolor que siente y que le impide perdonar. El torbellino que desea crear está sediento y hambriento de una destrucción que satisfaga o mitigue su soledad y su aislamiento moral.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

(Ibid., vv. 28-33)

En su ira y desesperación, Hernández exige a la tierra la devolución de su amigo; en su carencia de apoyo y en su impotencia, está decidido a "escarbar la tierra" sin importar que para ello tenga que usar "los dientes", no sólo desea hincar los dientes en la tierra, sino en su dolor y su soledad, emprender una búsqueda que no cesará hasta llegar al final. Quiere "apartar la tierra parte a parte", minuciosamente, sin dejar nada por remover, rabiosamente "a dentelladas secas y calientes".

Hernández vuelve a clamar "quiero minar la tierra hasta encontrarte". No importa la profundidad hasta la que tenga que hacerlo, el poeta desea cavar y minar la tierra hasta hacerla saltar en mil pedazos, su meta es "encontrarte", sacar el inerte cuerpo y "besarte la noble calavera" y poder "desamordazarte y regresarte", es decir, besar aquella noble cabeza que en un tiempo se preocupó por él, por Miguel, quien ahora tiene que sufrir la desilusión de tener que aceptar su impotencia, incapaz para cavar la tierra profundamente en busca del amigo muerto e incapaz, para elevarlo hasta sí para besarlo y tratar de hacerlo regresar a la vida.

¡ Qué terrible encadenamiento a lo imposible !

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores
 volverás al arrullo de las rejas
 de los enamorados labradores.

(Ibid., vv. 34-39).

Para Miguel no basta volver a su amigo a la vida, desea que vaya a su "huerto", lo llama a su "higuera", donde su magnífica amistad floreció ha poco, ya no mira el rastrojo, ahora quiere a Ramón muy por encima: "por los altos andamios de las flores". El poeta ahora está tranquilo, imagina el alma de su amigo como otra abeja "colmenera", ocupada en "angelicales ceras y labores", pero también evoca tiempos felices y desea verlo, como antaño, en la reja de su novia como uno más "de los enamorados labradores" de la región.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
 y tu sangre se irá a cada lado
 disputando tu novia y las abejas.

(Ibid., vv. 40-42).

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
 llama a un campo de almendras espumosas
 mi avariciosa voz de enamorado.

(Ibid., vv. 43-45)

La obscuridad y la nostalgia la siente Miguel Hernández en sus ojos llenos de tristeza necesita la presencia de Sijé para alegrarse, para hacer luz en "la sombra de mis cejas" y sueña que la sangre de Ramón, viva, bullente y dulce

como la miel, se la disputan "tu novia y las abejas", estableciendo una competencia feliz.

Pero el sueño y la ilusión se rompen y surge la terrible realidad de la separación definitiva, pues el poderoso corazón de Ramón Sijé ahora "ajado", conmueve la voz de Hernández que ya no es la de un trueno furioso, ya es sólo la que produce el desamparo, clama por su amigo, pide la presencia de quien quiere entrañablemente y desea tener presente.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

(Ibid., vv. 46-49)

A las "rosas del almendro" Miguel Hernández les otorga almas con alas blancas para que le ayuden a encontrar el alma de su amigo. Lo quiere allí, lo necesita para decirle todo lo que no fue posible antes, es menester "hablar de muchas cosas", decirse todas las que quedaron pendientes de aclarar y Miguel lo sabe, necesita decirle a Ramón por qué sucedió esto o aquello y cuanto ¡ay, cuánto! lamenta no poder hacerlo, porque Ramón Sijé ya no está, se fue de repente dejando al poeta solo, en medio de sus recuerdos, su tristeza y su llanto por este amigo queridísimo, al que jamás volverá a ver ni a escuchar, con el que ya nunca volverá a reír y de quien tuvo tanto que aprender.

La muerte de Ramón Sijé dejó a Miguel Hernández con una fuerte desesperación, además de dolido y consternado, se reprocha el haberse portado injustamente con él e intenta rendirle un gran homenaje preparando un número final extraordinario de la revista El Gallo Crisis, en la que escribe una página especial que se publicó en Murcia en mayo de 1936.²³

Miguel Hernández sale de Orihuela y ya lejos definitivamente de la influencia benéfica de Ramón Sijé, sigue el ritmo de su vida, en el que se ve cada vez más alejado de la religiosidad que alguna vez le inspirara su bella poesía juvenil.

Elegía (A la muerte de Ramón Sijé)

Estructura métrica

Este poema de arte mayor consta de dieciséis estrofas, las primeras quince son tercetos y la última es un cuarteto, todas las estrofas están escritas en endecasílabos y siguen una estructura absolutamente regular.

²³ Véase el texto completo en el Corpus Poético.

VII. JOSEFINA FENOLL

En ese mismo tiempo, Miguel Hernández escribió también otra "elegía" a la muerte de su amigo Ramón Sijé la cual dedicó a la novia de éste, Josefina Fenoll, compartiendo con ella la pena que a todos embargaba. Se ha calificado alguna vez a estas dos elegías como "gemelas" por haber sido escritas por el autor con motivo del fallecimiento de la misma persona, el querido Ramón Sijé, razón por la que se incluyen en este trabajo, una a continuación de la otra.

ELEGIA

(Dedicada a Josefina Fenoll, novia de Ramón Sijé)

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se ha quedado novia por casar la panadera de pan más trabajado y fino, que le han muerto la pareja del ya imposible esposo)

Antecede este epígrafe a la elegía dedicada a Josefina Fenoll. Como en el escrito anteriormente, incluye Hernández un complemento indirecto muy significativo: dice "que LE han muerto" para indicar que es a ella, a Josefina a quien le afectó directamente, que es quien sufre y resiente la consecuencia del fallecimiento de Sijé. Asimismo, pluraliza el verbo auxiliar "haber" para indicar que son varias las causas de la muerte de su amigo. Desconocemos

si Miguel sabía de algún padecimiento de Sijé y ninguno de sus biógrafos lo aclara.

Miguel Hernández escribe:

Tengo ya el alma ronca y tengo ronco
el gemido de música traidora...
Arrímate a llorar conmigo a un tronco:

retírate conmigo al campo y llora
a la sangrienta sombra de un granado
desgarrado de amor como tú ahora

(Elegía. El rayo que no cesa.
vv 1-6)

Miguel busca compartir la soledad que le produjo la muerte de Sijé con la novia de éste. La invita al llanto, pues él ya tiene "el alma ronca" y "ronco el gemido" de tanto llorar, su garganta ya no puede más con lo que él califica de "música traidora". La invita al campo "a la sombra de un granado" que sangra, una vez más hace alusión a la sangre, símbolo del sufrimiento que expresó en toda su obra, árbol que está "desgarrado de amor como tú ahora".

Caen desde un cielo gris desconsolado,
caen ángeles cernidos para el trigo
sobre el invierno gris desocupado.

Arrímate, retírate conmigo:
vamos a celebrar nuestros dolores
junto al árbol del campo que te digo

(Ibid. vv. 7-12)

Hasta el "cielo" se ha puesto gris por el desconsuelo que ahora comparte con ellos y deja caer "ángeles cernidos para el trigo", materia prima del horno de los Fenoll, sobre el "gris" rostro de "invierno desocupado" ya que Sijé falleció en el mes de diciembre, época invernal que ahora está hueca para la pareja de dolientes en que Miguel desea "celebrar" juntos "nuestros dolores", siempre bajo el "árbol del campo que te digo", o sea aquel que en la segunda estrofa el poeta llamó un "granado desgarrado".

Panadera de espigas y de flores
panadera liliál de piel de era,
panadera de panes y de amores.

No tienes ya en el mundo quien te quiera,
y ya tus desventuras y las mías
no tienen compañero, compañera.

(Ibid. vv. 13-18)

Josefina Fenoll es saludada por Miguel como si su oficio en la tahona la ligara fuertemente a las "espigas" de trigo y a las "flores" como un lirio con la "piel" del color de la mies. La llama tres veces "panadera" recordando el oficio en que la conoció, cuando hacía el pan y cultivaba el amor de Sijé. Sin embargo, y a pesar de su propia pena, Miguel la arropa con palabras de consuelo, pues quien la amaba ya no está y se acerca al dolor de ella juntando "tus desventuras y las mías", que son producto de la misma dolorosa pérdida. Y se unen ambas soledades, que ya no tienen quien mitigue, en un abrazo fraternal para tratar de hallar un consuelo recíproco.

**ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA**

Continúa Miguel hablando con Josefina, para decirle:

Tórtola compañera de sus días,
que le dabas tus dedos cereales
y en su voz tu silencio entretenías.

Buscando abejas va por los panales
el silencio que ha muerto de repente
en su lengua de abejas torrenciales.

(Ibid. vv. 19-24)

Para el poeta, la panadera se convierte en una tórtola que pierde el vuelo al perder el suyo aquel a quien le "dabas tus dedos cereales", es ahora su arrullo un silencio solitario al que ya no entretiene aquella voz amada de quien fuera amorosa compañera. En cambio, el silencio irreparable de Sijé recorre los "panales", buscando "torrenciales" abejas que puedan volver a la vida con su zumbido vital.

No esperes ver tu párpado caliente
ni tu cara dulcísima y morena
bajo los dos solsticios de su frente.

El moribundo rostro de tu pena
se hiela y desendulza grado a grado
sin su labor de sol y de colmena.

(Ibid. vv. 25-30)

Aunque ya Josefina lo sabe, Miguel le advierte que no debe esperar que su rostro moreno que rezume dulzura, se vea reflejado en aquellos dos soles ya

eclipsado por la muerte, que fueron los ojos de Ramón Sijé, al comprender que al llegar a un temprano ocaso, ahora sólo proyectan una pena con rostro de muerte que, cual abejas, destilan ahora únicamente soledad, amargura y frío, lejos de la luz que un día tuvieron.

Como una buena fiebre iba a tu lado,
como un rayo dispuesto a ser herida,
como un lirio de olor precipitado.

Y sólo queda ya de tanta vida
un cadáver de cera desmayada
y un silencio de abeja detenida.

(Ibid. vv. 31-36)

El agradable calor que acompañaba a la novia feliz lo daba aquel gran amor que daba el hombre amado y que estaba "dispuesto" a ser una feliz "herida" de la mujer que, de tanto amar, semejaría un "lirio de olor precipitado". Pero no, todo fue en vano, pues aquel que poseía "tanta vida" yace ahora silencioso como una "abeja detenida" en pleno vuelo, muerta en medio de la "cera" de un panal sin vida.

¿Dónde tienes en esto la mirada
si no es descarriada por el suelo
si no es por la mejilla trastornada?

Novia sin novio, novia sin consuelo,
te advierto entre barrancos y huracanes
tan extensa y tan solo como el cielo

(Ibid- vv. 37-42)

Miguel Hernández observa a la panadera, ve que tiene la mirada baja "descarriada", perdido el rumbo, y aquella mirada que fuera feliz, se encuentra convertida en un llanto que rueda por "la mejilla trastornada", y le pregunta a la llorosa mujer que a dónde dirige su "mirada", cuando sabe que ahora todo será diferente. Proyecta el poeta su propio desamparo en el de Josefina que ha quedado "novia sin novio" en el más grande de los desconuelos. Imagina a la mujer en un abismo, víctima de tormentas y "huracanes"; la contempla en la inmensidad de su tristeza tan grande como "el cielo", en donde ella misma abarca todo ese firmamento de soledad, para caer de pronto en "barrancos" de abandono y desaliento.

Corazón de relámpagos y afanes,
 paginaba los libros de tus rosas
 apacentaba el hato de tus panes.

Ibas a ser la flor de las esposas,
 y a pasos de relámpago tu esposo
 se te va de las manos harinosas.

(Ibid. vv. 43-48)

Emplea Miguel en estas dos estrofas el "relámpago" para significar la sorpresa y lo inesperado de la muerte de Sijé, hombre culto, propietario de libros en los que el poeta leyó mucho de lo que aprendió para bien del cultivo de su talento literario y ahora recuerda a Josefina en el horno de los Fenoll con libros, "rosas" y "panes" en las manos, como cuando el "corazón del ahora difunto Ramón, sentía los afanes del amor por ella.

Echale, harina, un toro clamoroso
negro hasta cierto punto a tu menudo
vellón de lana blanco y silencioso.

A echar copos de harina yo te ayudo
y a sufrir por lo bajo, compañera,
viuda de cuerpo y de alma yo viudo.

(Ibid. vv. 49-54)

Hernández llama "harina" a la doliente novia y la invita a que imite al "toro" en su clamor, que dé rienda a su "negro" dolor, pues esa pena no la merece esta mujer tierna como "vellón de lana blanco" para que no guarde más un silencio que hace la desgracia más dolorosa. Ofrece Miguel compartir el dolor con ella, pues él también puede tener un clamoroso llanto, al que llama "echar copos de harina" como una metáfora evocadora de la materia prima de aquel horno que jugó tan importante papel en la vida del grupo, en el que ya falta el hombre que era el alma del mismo y, para que el sufrimiento sea menor, Hernández lo comparte con la que él llama "compañera", pues a los dos les hiere una soledad y una viudez que a ella le afecta en el cuerpo y a él en el alma.

La implacable muerte nos espera
como un agua incesante y malparida
a la vuelta de cada vidriera.

¡Cuántos amargos tragos en la vida!
Bebió él muerte y tú la saboreas
y yo no saboreo otra bebida.

(Ibid. vv. 55-60)

La muerte, cual enamorada incondicional, espera pacientemente a "la vuelta de cada vidriera" sin anunciarse, pausada, a todos y cada uno de los que sabe que un día llegarán, y mientras tanto, se entretiene goteando incesante como "agua malparida", causando un sinfín de "amargos tragos" a los que quedan en la vida, viendo impotentes como Ramón se fue con la "muerte" y Josefina y el poeta quedan saboreando aquel acíbar sin final.

Retírate conmigo hasta que veas
con nuestro llanto dar las piedras grana,
abandonando el pan que pastoreas.

Levántate: te esperan tus zapatos
junto a los suyos muertos en tu cama,
y la lluviosa pena en sus retratos
desde cuyos presidios te reclama.

(Ibid. vv. 61-67)

Vuelve Miguel Hernández a invitar a la infeliz novia de Sijé a abandonar "el pan que pastoreas" para ir a llorar con él, hasta que se ablanden las piedras "grana", también rojas de tanto llorar y bañadas en la sangre del amado difunto. Y la insta a que se levante para que el recuerdo de Ramón la haga verlo como si estuviera en un "retrato" que la "reclama" para seguir viviendo, aunque no la libere de su soledad.

Termina Miguel Hernández esta elegía y deja como una herencia de su inolvidable amigo el recuerdo de la soledad que le invadió por el prematuro fallecimiento de la valiosa persona que significó tanto en su vida.

Elegia a la muerte de Ramón Sijé, dedicada a Josefina Fenoll.

Estructura métrica

Este poema de arte mayor, está constituido por 22 estrofas, las primeras 21 son tercetos y la última es un cuarteto, todas de versos endecasílabos que siguen una estructura muy regular. Este poema, escrito también a la muerte de Ramón Sijé, fue dedicado por el poeta a Josefina Fenoll, quien fuera la doliente novia de Sijé.

VIII. ELEGIA PRIMERA

(Dedicada a Federico Garcia Lorca)

Miguel Hernández dedicó su libro Viento del pueblo a Vicente Aleixandre.

En una bella prosa y refiriéndose a su arte, dice que “cada poeta que muere deja en manos de otro...como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad...” Sigue diciendo que cuando Aleixandre y él mueran “se levantarán otros dos de mañana” y que su “cimiento será siempre el mismo: la tierra”. Más adelante Hernández le dice a su amigo que “Pablo Neruda y tú me habeis dado imborrables muestras de poesía...” Con lo cual demuestra, una vez más, la admiración y la influencia que ejerció el chileno en el poeta y cuyo deslumbramiento nunca se apagó en el poeta. Casi para terminar su dedicatoria menciona que “Hoy, este hoy de pasión, vida y muerte, nos empuja...” insistiendo en mencionar los elementos pasión, vida y muerte que no faltaron, como una constante, en toda la obra hernandiana, especialmente en sus elegías. ²⁴

En este libro, publicado en 1937, Miguel Hernández incluye su “Elegía primera”, dedicada a la muerte de Federico García Lorca (1898-1936), en la

²⁴ Miguel Hernández .“Vientos del Pueblo”.Edic.Socorro Rojas.Valencia 1937. En Obras Completas, p. 265.

que hace un sentido homenaje a este escritor fallecido en 1936 a consecuencia de las persecuciones que precedieron a la guerra civil española (1936-1939). A pesar de que, como digo antes, ambos poetas no cultivan una estrecha amistad, sí aunque haya sido superficialmente, se conocieron y se trataron e inclusive Hernández escribió aquella carta en la cual se quejaba de la fría acogida que el público y los críticos de la época dieron a su libro Perito en lunas, a la cual Federico contestó dando ánimos a Hernández para que siguiera escribiendo. Aunque las actividades de estos autores los llevaron por rumbos distintos, hubo un momento en que sus destinos se cruzaron y ambos conocieron la obra del otro, admirándose mutuamente, en especial Hernández a la obra del discutidísimo y muy estudiado y analizado García Lorca, lo cual le hizo escribir la elegía que a continuación se comenta:

ELEGIA PRIMERA
(A FEDERICO GARCÍA LORCA, POETA)

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,
y en traje de cañón, las parameras
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
y llueve sal; y esparce calaveras.

(" Elegía primera" vv. 1-4)

La visión que tiene el poeta de la muerte, en esta primera cuarteta del poema, le hace verla en forma "de cañón" cuyas balas vuelan sobre los campos donde el hombre cultiva alimentos "y esperanzas", pero como si se tratara de una

maldición, en vez de agua, "llueve sal" y la muerte "esparce calaveras" por todas partes.

Verdura de las eras,
¿qué tiempo prevalece la alegría?
El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas
y hace brotar la sombra más sombría.

(Ibid.vv. 5-8)

A las cosechas campesinas pregunta Miguel si saben si acaso existe la alegría y si saben cuál es el tiempo en que existiera, porque el calor y la luz del sol únicamente han servido para pudrir "la sangre" de las víctimas de las "asechanzas" y lejos de iluminar y alegrar el alma del poeta, sólo causan una "sombra más sombría" y hace que todo esté oscuro y vea muy negro el porvenir.

El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.
Y una vez más al callejón del llanto
lluviosamente entro.

Siempre me veo dentro
de esta sombra de acíbar revocada,
amasada con ojos y bordones,
que en un candil de agonía tiene puesto a la entrada
y un rabioso collar de corazones.

(Ibid. vv. 9-17)

En efecto, "una vez más" se encuentra Miguel con su siempre presente experiencia en el sufrimiento, vuelve el "manto" del "dolor" a envolverlo y para él, el llanto como algo cotidiano, le encamina otra vez a la calle en la que

llueven lágrimas, en la que inevitablemente vuelve a entrar con el amargo sabor de la pena y del llanto.

Llorar dentro de un pozo,
 en la misma raíz desconsolada
 del agua, del sollozo,
 del corazón quisiera:
 donde nadie me viera la voz ni la mirada,
 ni rastros de mis lágrimas me viera.

(Ibid. vv. 18-23)

La tristeza y la soledad se resuelven en el llanto. Cada golpe le cobra dividendos de infortunio. Miguel va de soledad en soledad. Son encuentros que no ha podido evitar, el destino lo empuja hacia ellos, sin embargo no llega a habituarse a la desolación y la muerte del poeta granadino le impacta con la novedad de lo desconocido. Desea ir al fondo, hasta ver donde nace la soledad que le provoca el llanto, pero ahora es diferente, no es como cuando invitaba a Josefina Fenoll a llorar con él. Ahora quiere estar solo, sin testigos de sus lágrimas, como si finalmente hubiese dado con el manantial de donde brota toda pena y desconsuelo.

Entro despacio, se me cae la frente
 despacio, el corazón se me desgarró
 despacio, y despaciota y negramente
 vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

(Ibid. vv. 24-27)

Miguel no tiene prisa para introducirse nuevamente en esa misión de dolor, pues sabe que el sufrimiento está ahí, que inevitablemente lo espera y entra resignado a su negra fuente. El manantial de llanto y pena que le es tan

conocido le humilla la "frente" y lentamente vuelve a ofrecer su corazón en holocausto doloroso que le hace gritar de dolor.

Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.

(Ibid. vv. 28-31)

La pena que se le adentra con lentitud busca saturarlo todo y ha escogido a García Lorca para cantarle en tono elegíaco por el efecto que le ha producido en el alma y "entre todos los muertos" que ha llorado, Miguel debe optar por uno, ahora, dejando a los otros aparte "sin olvidar...a ninguno".

Federico García
hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día
que hoy el hoyo le da bajo la grama.

(Ibid. vv. 32-35)

Federico ya no existe, el poeta granadino tuvo un nombre que ya no es. Hernández ahora lo llama "polvo" que no Federico García, pues éste es un alguien que fue y que ahora es sólo un espacio vacío, un hoyo lleno de nada bajo la tierra.

¡Tanto fue! ¡Tanto fuiste y ya no eres!
Tu agitada alegría,
que agitaba columnas y alfileres,
de tus dientes arrancas y sacudes,
y ya te pones triste, y sólo quieres
ya el paraíso de los ataúdes

Vestido de esqueleto,
 durmiéndote de plomo,
 de indiferencia armado y de respeto,
 te veo entre tus cejas si me asomo.

(Ibid. vv. 36-45)

Nuestro poeta evita la palabra muerte, sólo recuerda la "agitada alegría" de Federico que un día movió hasta a los más pusilánimes para hacerles sentir el sacudimiento que producía ya la tristeza, ya la alegría del artista, su personalidad y su obra. Y sin embargo, en ese momento sólo la tristeza priva de aquel que ahora "vestido de esqueleto" duerme pesadamente y ya no desea proyectar nada, pues indiferente a todo se encuentra Federico en el "paraíso" solitario, en un ataúd que conservará para siempre el respeto que en todo momento proyectó en Miguel el poeta granadino desaparecido tan trágicamente.

Se ha llevado tu vida de palomo,
 que ceñía de espuma
 y de arrullos el cielo y las ventanas,
 como un raudal de pluma
 el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,
 no podrá con tu savia la carcoma,
 no podrá con tu muerte la lengua del gusano
 y para dar salud fiera a su poma
 elegirá tus huesos el manzano.

(Ibid. vv. 46-55)

Aquella vida, cubierta de blancura, a la que Miguel considera inmaculada, que llenaba y cubría de arrulladora poesía todo lo que pudiera verse o tocarse, fue derribada y pulverizada por un torbellino plumoso que el tiempo no pudo evitar. Esta vida, cual fruto caído, aunque arrebatado de su árbol nutriente, estará más allá del "gusano" de la maldad, por encima de la "carcoma" que pudre y será muy superior a toda maledicencia; dará vida con sus "huesos" y su "savia" a toda la obra genial del poeta muerto, obra que tendrá, para siempre, una salud a toda prueba.

Cegado el manantial de tu saliva
 hijo de la paloma,
 nieto del ruiseñor y de la oliva:
 serás, mientras la tierra vaya y vuelva
 esposo siempre de la siempreviva
 estiércol padre de la madre selva.

(Ibid. vv. 56-61)

No hablará más el poeta de Granada. No verá ya el arte de su elocuencia el efecto impresionante que causó en los que lo escucharon, pues ya se ha secado el venero de donde brotaba su palabra porque se ha ido con el vuelo de la "paloma" y del "ruiseñor", que lo llevan al viaje sin regreso; pero en cambio, será pariente de la "oliva" y compañero eterno de la "tierra" que convertirá en abono maravilloso el cuerpo de este gigante de las letras, para que florezcan la "siempreviva" y la "madre selva" para que substituyan con su belleza la formidable personalidad del poeta fallecido.

¡Qué sencilla es la muerte: que sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio, y acuchilla
cuando menos se espera su turbia cuchillada.

Tú, el más firme edificio, destruido,
tú, el gavilán más alto, desplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado, y más callado.

(Ibid. vv. 62-69)

Miguel observa la serenidad con que la muerte se presenta, pero le reprueba la injusticia de lo que le parece un arrebato sin excusa. Le duele como puñalada su alevosía, que se precipitó sobre su víctima sin dar voz de alerta, haciendo caer al ave poderosa, calla al potente "rugido" y que destruye aquella construcción grandiosa y "firme" que fue la obra del poeta desaparecido. El dolor se presenta y hace llorar la ausencia del que no habla, no grita ya, sólo está "callado, y más callado, y más callado". ¡Ay, cuánto silencio acumulado!

Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de martillazos feroces,
sobre quien te detuvo mortalmente.
Salivazos y hoces
caigan sobre la mancha de tu frente.

(Ibid. vv. 70-74)

El dolor de Hernández evoluciona para volverse ira; una pena convertida en furia le vierte al poeta el fuego de intensos deseos de revancha: ahora quiere que la roja "sangre" derramada por el Federico sea vengada con fiereza, a

"martillazos", si es posible. Aborrece a los culpables, y en medio de su impotencia y de su furia, sólo puede cubrirlos de todo género de denuestos y maldiciones: "salivazos y hoces" merecen aquellos que frenaron la brillante trayectoria del poeta.

Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve temiblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,
veo un bosque de ojos nunca enjutos,
avenidas de lágrimas y mantos:
y en torbellino de hojas y de vientos,
lutos tras otros lutos y otros lutos,
llantos tras otros llantos y otros llantos.

(Ibid. vv.75-85)

Una condición común existente en los poetas y la semejanza de sus sensibilidades desencadena los pesares de Hernández, quien siempre tuvo llena su vida de los perennes conceptos de dolor, de pena, de llanto. Por lo tanto, la sacudida que le produce la muerte de García Lorca lleva la dimensión de lo que sería la suya propia, pues si toda "la creación" se siente afectada por tanta pérdida él, Miguel, lo es en primer lugar. Ya sufre su propia muerte, está conciente de que algún día llegará y cuando tal suceda, presiente los ayes y los lamentos de los "pueblos" y los "valles". Sabe también que "los ojos nunca enjutos" se abrirán desmesurados como ahora los suyos ante la

muerte de Federico. En efecto, la muerte de poetas como Miguel y como Federico desatará "torbellinos" de llantos "uno tras otro" y "lutos unos tras otros".

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,
 volcán de arroyo, trueno de panales,
 poeta entretelado, dulce, amargo,
 que al calor de los besos
 sentiste, entre dos largas hileras de puñales,
 largo amor, muerte larga, fuego largo.

(Ibid. vv. 86-91)

Miguel Hernández siente ahora un dolor tranquilo. Con aparente resignación ya no grita, en cambio parece consolar al poeta muerto y arroparlo entre palabras que le muestran amistad, compañerismo. Habla, en cambio, de la compleja personalidad de Federico al que llama "poeta entretelado, dulce, amargo" quien, sin embargo, amó intensamente en medio del calor de los besos, aunque en un ambiente que le fue absolutamente hostil y con doble fila "de puñales" amenazantes que hicieron, también doblemente largos, el "amor", el "fuego" y la "muerte".

Por hacer a tu muerte compañía,
 vienen poblando todos los rincones
 del cielo y de la tierra bandadas de armonía,
 relámpagos de azules vibraciones.
 Crótalos granizados a montones,
 batallones de flautas, panderos y gitanos,
 ráfagas de abejorros y violines,
 tormentas de guitarras y pianos,
 irrupciones de trompas y clarines.

(Ibid. vv. 92-100)

Ahora Miguel, más que consolar a Federico por su injusta muerte, se consuela a sí mismo por la pérdida de aquél. No desea estar él solo con su pena y le dice al poeta que lo acompaña toda una pléyade de artistas que tañen sus instrumentos en su honor, y armonizan con alegres "vibraciones" su caminar por el "cielo y la tierra" y Miguel desea estar alegre para lo cual invoca música y bailes y convierte aquellos caminos en un lugar maravilloso donde no hay tristeza, sino sólo "crótalos", "abejorros" y "gitanos" coloridos y ruidosos que no saben de injusticias ni de muertes.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso, desierto, polvoriento
 en la muerte desierta
 parece que tu lengua, que tu aliento,
 los ha cerrado el golpe de una puerta.

(Ibid. vv. 101-105)

Pero, ¡ay, la realidad es muy otra! Regresa el poeta al mundo de la realidad, que le desgarró el corazón nuevamente. Aquel mundo magnífico no existe; ¡Fuera ilusión! Vuelve la conciencia a Miguel, sabe que Federico no está, que se ha ido; que el silencio y el polvo todo lo invaden; que la palabra poética ha desaparecido, que el cielo colorido que se había forjado es una ilusión balsámica que momentáneamente le alivió la pena. Se ha impuesto la

realidad: el golpe mortal está dado, acabó con el aliento y la vida del admirado poeta granadino.

Como si paseara con tu sombra,
paseo con la mía
por una tierra que el silencio alfombra,
que el ciprés apetece más sombría.

Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y pruebo una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

(Ibid. vv. 106-114)

Compañeros, Federico y Miguel, caminan formando una sola sombra silenciosa, sufren la presencia de la muerte, el uno física y material y el otro dolorosamente moral. Con una angustia que le aprieta la garganta Miguel aguanta el llanto que quiere brotar a gritos, pero el poeta lo aguanta con estoicismo; sin embargo, no puede evitar pasar el trago amargo, como tampoco puede evadir la agonía de aceptar la muerte afrentosa e irremediable ya, que se llevó a Federico García Lorca, al que le dice que tampoco a él le es ajena la muerte, que todos los días la "goza" (sufre) y que continuará sufriendola todavía por el resto de su existencia.

Elegía primera.

Estructura métrica

La Elegía primera, dedicada a la muerte de Federico García Lorca es un poema de arte mayor, polimétrico de estructura muy irregular. Consta de 114 versos en 24 estrofas de las cuales, las números 1, 2, 3, 6, 7, 8, 10, 14, 15, 22 y 23 son cuartetos y todas siguen una rima regular A B A B; las números 4, 11, 12, 16, 17 y 24 son quintetos con rima A B C B C; las estrofas 5, 9, 13, 18 y 19 son sextetos con metro y rima muy irregulares. La estrofa 20 es la única de 9 versos compuesta por un cuarteto y un quinteto enlazados por rimas y, finalmente, la estrofa 21 es un solo verso de 14 sílabas que manifiesta una reflexión del poeta.

CONCLUSIONES

A pesar de su antigüedad, este tipo de poema doloroso, la elegía, no había recibido un nombre que lo distinguiera y le otorgara una personalidad propia hasta que los griegos lo nombraron "**Elegía**", de cuyo nombre desde entonces nos hemos servido para identificarlo y separarlo de otros géneros literarios.

Los poemas de este género han tenido diversos representantes desde tiempos remotos, pues el ser humano ha resentido siempre con dolor la presencia de la muerte o la destrucción o desaparición de aquello que ama y, desde su creación ha expresado con elocuencia ese sentimiento de pena y angustia, unas veces con violencia, otras con resignación, pero siempre con gran sinceridad.

Para Miguel Hernández el género elegíaco constituyó una verdadera forma de vida, pues el poeta consideró siempre su paso por la tierra como una bebida inevitable que debía apurar hasta el final.

1.- Aproximadamente diez siglos antes de la Era Cristiana, Homero hizo hablar a los personajes de La Ilíada con la elegancia y exquisitez que imperan en toda su obra, y en el capítulo dedicado a describir la muerte de Héctor, podemos ver una bella muestra de la elegía homérica con los lamentos de la madre y de la esposa del héroe cuando éste pierde la vida a manos de Aquiles, su mortal enemigo. El llanto de estas mujeres, que es compartido por Helena, expresa la desesperación de saber que el bienamado ya no está, que no estará más, que ya no podrán verlo, ni hablarle ni tocarlo, como se habla o se toca a quien se ama. Así, vemos que el tono de estos lamentos tipifica claramente a la dolorosa elegía que provoca la pérdida del ser amado.

2.- En el *Antiguo Testamento*, la *Biblia* nos ofrece la oportunidad de saber de la existencia de las formas elegíacas que se expresaron en diversas épocas. En el Libro de los Profetas, Jeremías, uno de los grandes profetas bíblicos, en *Las Lamentaciones*²⁵ manifiesta su gran dolor por la destrucción de la ciudad de Jerusalén por Nabucodonosor, hacia el año 587 a. C. y llora la pérdida de toda una ciudad y la de su Templo que eran muy venerados por el pueblo de Israel.

También en *La Biblia*, los *Libros Sapienciales*,²⁶ nos muestran los dolorosos lamentos de Job, el hombre cuya paciencia fue puesta a prueba, (hacia el siglo V, a. C) quien, aunque se manifestó paciente ante la decisión divina de

²⁵ La Biblia (LAM 1 – 13, 20)

²⁶ La Biblia (JB 3 – 1, 25, 26)

privarlo de sus hijos, sus bienes y hasta de su salud, no evitó la manifestación de su angustia por todas esas pérdidas que no se podía explicar y lloró con desesperación en sus lamentos dándonos otro ejemplo de la elegía de los tiempos antiguos.

3.- Durante la Edad Media brilló el estilo elegíaco en forma muy notable, haciendo brotar como un torrente demostrativo de esa tendencia, la bellísima obra de Jorge Manrique *Coplas a la muerte de su padre el Maestre don Rodrigo Manrique*, en la que el autor, a pesar de las diferencias personales que tuvieron en vida padre e hijo, Jorge ensalza la memoria de su padre y llora su pérdida en un poema cuya belleza y expresividad han perdurado a través de los siglos. Esa fue también la época en que proliferaron las llamadas "plañideras", mujeres pagadas para lanzar ruidosos llantos en los funerales, pero de cuyo dolor, por falso, nos ocupamos sólo brevemente en este trabajo.

4.- El romántico siglo XIX nos dio la oportunidad de conocer varias elegías, entre las que destacan las producidas por el escritor José de Espronceda, quien en su poesía histórica incluyó, entre otras, su elegía *A la patria*, pero la que es considerada como la mejor de las escritas por este artista es el *Canto a Teresa* que figura en su gran poema El diablo mundo y en la cual lamenta el fallecimiento de su amada Teresa, en bellas octavas reales.

5.- Ya en el siglo XX, una de las elegías que más llamaron la atención de los estudiosos de la obra del poeta de Granada Federico García Lorca, fue su famoso *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, larga y hermosa elegía por un torero cuyo fallecimiento dio lugar a que tanto García Lorca como Miguel Hernández mostraran su pena y su talento literario, el primero en su *Llanto* y Miguel Hernández en su poema elegíaco "Citación Final". Así, tenemos que el nombre de Sánchez Mejías, el torero, parece que ha ganado fama más por estos poemas provenientes de genios de las letras de la talla de Miguel Hernández y García Lorca, que por su propia labor en los ruedos taurinos de su época.

6.- Por su parte, la elegía de nuestro poeta Miguel Hernández es una sólida base para estudiar los temas de la ausencia, la lejanía y la soledad del poeta como fruto de la muerte, misma que ya, desde su primera juventud, presentía este artista que llegaría tempranamente, como temprano llegó la de su primer hijo y la de Ramón Sijé, seres muy amados por él y que dieran lugar a que Miguel externara su dolor en los bellísimos poemas que produjo.

Es de hacer notar el hecho de que Miguel Hernández no haya escrito a una mujer ninguna de sus hermosas elegías. Una explicación para ello pudiera ser –en lo que todos sus biógrafos coinciden- debido a que estuvo enamorado sólo de una: su esposa Josefina Manresa, dama que le inspirara gran parte de su obra. Fue la única a la que amó durante toda su breve vida y aunque ésta

hubiera sido más larga, habría sido para él el primero y único amor, lo cual es admirable y profundamente loable en todo tiempo; fue la musa de su poesía amorosa, la feliz y la infeliz; la madre de los dos hijos del poeta.

Además, al fallecer Miguel Hernández antes que su esposa, es natural que no escribiera ninguna elegía a la muerte de la mujer amada, ni idealizó a ninguna otra mujer, como sucediera con otros poetas.

Pero los sufrimientos del hombre generaron en el poeta la obra literaria, que hasta la fecha, no sólo es ejemplo y deleite para las generaciones que siguieron, sino para los estudiosos del arte y de su historia.

No obstante lo anterior, hacia 1930, Miguel Hernández escribió un poema que tituló "Hermanita muerta", dedicado a su pequeña hermana fallecida siendo un bebé, sin embargo el poeta no lo nombró como elegía, como hiciera a los diez a los que sí les dio ese nombre, a saber:

"Elegía al Guardameta"

"Elegía al gallo"

"Elegía" (a la muerte de Ramón Sijé)

"Elegía" (dedicado a Josefina Fenoll, novia de Ramón Sijé)

"Elegía Primera" (a la muerte de Federico García Lorca)

"Elegía Segunda" (a la muerte de Pablo de la Torriente)

“Elegía a Gabriel Miró”

“Elegía de la novia-lunada”

“Elegía media del toro”

“Egloga” (Elegía a Garcilaso de la Vega) ²⁷

Miguel Hernández escribió también seis poemas que podríamos tomar como elegías, por su contenido y lamento por la desaparición o muerte de algo o alguien admirado o querido para el poeta, tal es el caso de los poemas:

“Hermanita muerta”

“Arbol desnudo”

“Exequias a mi canario”

“Exequias al ruiseñor”

“A mi hijo” (muerto)

“Citación final” (a la muerte de torero Ignacio Sánchez Mejías)

Por otra parte, sorprendentemente, no existe una elegía a la muerte de Miguel Hernández lamentando el fallecimiento de tan brillante talento literario, ni escrita por sus amigos, ni por algún otro poeta, ni mucho menos por los que sólo supieron de su obra, aunque no lo hayan conocido personalmente. Sin embargo, en 1978 con motivo de conmemorarse el XXXVI aniversario del

²⁷ Ver textos completos en el Corpus Poético. Se incluyen también los textos de los poemas a los que el poeta no les dio el nombre de “elegía”, pero que reúnen las características propias de este género.

fallecimiento del poeta, su antiguo compañero de cárcel, Antonio Buero Vallejo, escribió unos versos muy emotivos que, aunque no son precisamente una elegía, ensalzan el recuerdo de Hernández, los cuales, en un fragmento dicen:

Me abalanzo y atisbo
entre un espeso bosque de barrotes
sin entrever siquiera el esqueleto
del armonio callado
donde tu voz reía o sollozaba.
Y la mía se quiebra por el ansia
de tu clamor vibrante
de esta música honda que ha de oírse
cuando ya no se escuchen
mis inciertas palabras
borradas por los soplos del olvido.
Tal vez se me recuerde vagamente
sólo por el retrato que te hice²⁸

Hernández escribió todas sus elegías, quizá guiado por su vocación, su talento y sobre todo, por su deseo de hacerlo. Sus musas le inspiraban toda aquella creación poética que ha llegado hasta nosotros e, indudablemente llegarán a generaciones posteriores, pues la belleza y el talento son eternos, y aunque la vida le trató miserablemente, su inspiración y su arte nunca decayeron ni un ápice, aún en las terribles circunstancias de la guerra que le tocó vivir, tuvo tiempo para escribir lo que su imaginación, sus vivencias y su corazón le dictaban.

²⁸ Citado por Mariapía Zanardi-Lamberti Lavazza en Experimentación métrica en la poesía juvenil de Miguel Hernández, Tesis Doctoral. México. UNAM. 1998. pp. 48-49.

Además, lamentablemente ni en Orihuela, cuna de escritores y talentos del calibre de Gabriel Miró, ni en ninguna otra parte, se ha organizado alguna vez un festival literario en homenaje a nuestro poeta, que bien podría llevar el nombre de Miguel Hernández. No obstante, en el mes de marzo de 1992, al celebrarse el cincuentenario de su muerte, se llevó a cabo un "I Congreso Internacional Miguel Hernández", en Alicante, en donde se presentaron diversos temas y estudios relacionados con la obra hernandiana y en el que participaron los principales hernandistas del momento, pero desde luego, no fue un festival, en el que se presentaran poetas o artistas con sus obras, compitiendo por algún premio.

Otro hecho lastimoso es que en la brevedad de la vida de Miguel Hernández y sobre todo en las circunstancias de su fallecimiento, no tuvo tiempo para escribir una autobiografía que nos hubiera proporcionado más luz sobre los motivos de su poesía, tanto de la religiosa, como de la erótico-amorosa y de la de tendencia social y bélica, así como de su teatro y de su prosa. Sólo nos queda a sus lectores la suposición y la idea del por qué de su producción, tomando en cuenta los tiempos que vivió con aquella su condición de poeta-filósofo, quien mantuvo la conciencia clara de una vida fuertemente golpeada por el infortunio, en la que describe un destino trágico en toda su plenitud.

Es de mencionar que hasta el final de los pocos años del poeta en la tierra, se reveló que su concepción cristiana aunque temblorosamente, salió a flote

para indicarle que un amor tan grande y tan leal como el de su esposa Josefina Manresa era merecedor de la bendición religiosa. Como tampoco podía dejar de manifestarse su primera formación familiar que fue profundamente religiosa y conservadora, sobre todo cuando ya sentía que llegaban las últimas horas de su vida, pues además de contraer matrimonio religioso, su hijo fue bautizado y él mismo confesó y comulgó antes de morir. Aunque no sabemos lo que pasó por su mente abrasada por la fiebre, es evidente que no pudieron quedar rezagadas sus más profundas vivencias provincianas infantiles y juveniles de principios del siglo XX. Su paso por la vida fue breve, pero intenso y sobre todo muy productivo en el arte cuyo don y talento le fue concedido pródigamente.

Miguel Hernández, cuya huella será imborrable, fue valioso como hombre y como poeta, y en sus jóvenes 31 años de fructífera vida dejó un legado que enriquecerá permanentemente a las letras españolas.

ANEXO PRIMERO

ANEXO I

CORPUS POETICO

El corpus de poemas que forman el siguiente apéndice contiene, en su primera parte, las 10 elegías a las que el poeta dio ese nombre, así como la que él llamó "Egloga", escrita en homenaje a Garcilaso de la Vega.

En la segunda parte se incluye el texto completo de la página que Hernández escribió para el número especial de la revista El gallo crisis que se editó con motivo del fallecimiento de Ramón Sijé. Se insertan, además, los seis poemas que reúnen todas las características de la elegía, pero a los que Hernández tituló con un nombre de su elección. Asimismo, se inserta el poema que el poeta, ya en edad adulta dedicó a la muerte de su primer hijo. También se citan los demás poemas que le fueron inspirados por algunos objetos o algunos animales en los que él había depositado un cierto afecto juvenil y que impactaron su sensibilidad y talento de artista.

PRIMERA PARTE

ELEGIA AL GUARDAMETA

(A Lolo, sampedro joven en la
portería del cielo de Orihuela)

Tu grillo, por tus labios promotores,
de plata compostura,

- 5 árbitro, domador de jugadores,
 director de bravura,
 ¿no silbará la muerte por ventura?
- 10 En el alpiste verde de sosiego,
 de tiza galonado,
 para siempre quedó fuera del juego
 sampedro, el apostado
 en su puerta de cáñamo añudado
- 15 Goles para enredar en sí, derrotas,
 ¿no la mundial moscarda?
 que zumba por la punta de las botas,
 ante su red aguarda
 la portería aún, araña parda.
- 20 Entre las trabas que tendió la meta
 de una esquina a otra esquina,
 por su sexto el balón, a su bragueta
 asomado, se arruina,
 su redondez airosamente orina.
- 25 Delación de las faltas, mensajeras
 de colores, plurales,
 amparador del aire en vivos cueros,
 en tu campo, imparciales
 agitaron de *corner* las señales.
- 30 Ante la puerta se formó un tumulto
 de breves pantalones
 donde bailan los priapos su bulto
 sin otros eslabones
 que los de sus esclavas relaciones.
- 35 Combinada la brisa en su envoltura
 bien, y mejor chutada,
 la esfera terrenal de su figura
 ¡cómo! fue interceptada
 por lo pez y fugaz de tu estirada.
- 40 Te sorprendió el fotógrafo el momento
 más bello de tu historia
 deportiva, tumbándote en el viento
 para evitar victoria,
 y un ventalle de palmas te aireó gloria.

- Y te quedaste en la fotografía,
 a un metro del alpiste,
 con tu vida mejor en vilo, en vía
 ya de tu muerte triste,
 45 sin coger el balón que ya cogiste.
- Fue un plongeón mortal. Con ¡cuánto! tino
 y efecto, tu cabeza
 dio al poste. Como un sexo femenino,
 abrió la ligereza
 50 del golpe una granada de tristeza.
- Aplaudieron tu fin por tu jugada.
 Tu gorra sin visera,
 de tu manida testa fue lanzada,
 como oreja tercera,
 55 al área que a tus pasos fue frontera.
- Te arrancaron, cogido por la punta,
 el cabello del guante,
 si inofensiva garra, ya difunta,
 zarpa que a lo elegante
 60 corroboraba tu actitud rampante.
- ¡Ay fiera! en tu jaulón medio de lino,
 se eliminó tu vida.
 Nunca más, eficaz como un camino,
 harás una salida
 65 interrumpiendo el baile apolonida.
- Inflamado en amor por los balones,
 ni mano que lo imante,
 no implicarás su viento a tus riñones,
 como un seno ambulante
 70 escapado a los senos de tu amante.
- Y no pones obstáculos de mano
 al ímpetu, a la bota
 en los que el sol avanza. Pide en vano,
 tu equipo en la derrota,
 75 tus bien brincados saques de pelota.

A los *penaltys* que tan bien parabas
 acechando tu acierto,
 nadie más que la red le pone trabas,
 porque nadie ha cubierto
 80 el sitio, vivo, que han dejado, muerto.

El marcador, al número al contrario
 le acumula en la frente
 su sangre negra. Y ve el extraordinario,
 el sampedro suplente,
 85 vacío que dejó tu estilo ausente.

(O.C. pág.43)
 (Poemas de Adolescencia)

ELEGIA AL GALLO

Pirotécnicas pompas y esplendores,
 aunque no fugitivos;
 ufanía con peine de colores
 -de arboles altivos.
 5 Gabriel en una sola pata puesto,
 cojo por la mañana,
 la barba capuchina, doble y grana
 a lo pirata, a lo prelado el gesto.

Intérprete feliz de los donjuanes;
 10 sultán de los sultanes
 de los patios, harenas,
 en donde tú, galán entre galanes.
 por turno amaste a cada concubina:
 ¡ya! sus noches en círculo, sartenes,
 15 quema la inquisición de la cocina.
 panderos de carbón por concordancia,
 para que baile en partes tu arrogancia.

Afeitado el colgante que se plisa
 como concha de púrpuras plurales
 20 al pie de tu garganta
 bajo tu canto, guía de corrales;
 depuesta tu soberbia, que se pisa
 y tropieza en andando de ser tanta,
 sobre la porcelana de los platos;
 25 adán, sin tus ornatos,

como un triunfo en tu cola surtidores:
¡tú!, a quien avergonzaban las mejores
vestiduras, desnudo,
dejas frío el corral y un día viudo.

30 Ya no alzarás tu mano de espolones
colmillos cabriteros,
para con tu rival, los dos saltones,
batir tus ambiciones
de rey galante de los gallineros

35 Y tu amor caballista,
en el instante de las sucesiones,
a la potra imprevista,
como un tujo y gala,
no abrirá arcos de triunfo con el ala,
40 mientras, segundo sexo, clava el pico
sobre el lugar en amarantos rico.

Trillos de pluma a parvas cantadoras
américas de bulla a tu conquista
ya no darás ni escoltas a sus puestas.
45 ¡Sin pronóstico quedan las auroras
y sin reposo un clavelar de crestas!

Recuerdan plañidoras
tu cariño en cuclillas
y ya no orinan duramente en plata;
50 sonámbulas pasean y amarillas
estas tímidas pingües, si no bellas,
con el rubor subido a las estrellas
como párpados altos de escarlata.
Tristes en una pata,
55 beben el agua y lloran pico arriba
en el ano la frágil tornaluna
que tornasol haciendo tu amor iba
solicito, si infiel, a cada una;
muelles patrias, altares
60 donde oficiaban tus amores cortos,
sus recados polares,
hijos a fuerza de temperaturas,
atragantados mandan y en abortos,
sin tus plumiculturas.
65 Igual que dentaduras,
palidecen las breves cordilleras,
los colorados ortos

-señal de viento de sus cabelleras.
 Han perdido su ufano favorito
 70 que hacía referencia
 a la mañana de ellas con su grito,
 y hasta que la apetencia
 de alguna encinta no les dé licencia
 para pasar a la encendida estancia,
 75 solicitando en caldo su sustancia,
 evas por fin, desnudas,
 en el corral cacarearán viudas.

Galán, tus arrebatos de claveles,
 en corros de manteles
 80 y cristales me espera;
 tu vanidad guerrera,
 tu cadáver tenorio,
 así como el conducto anunciatorio
 de las luces, en roldes de madera,
 85 mientras tus plumas van, arcos sin tino,
 sus flechas disparando a tu destino.

(O.C. pág. 119)
 (Otros poemas, 1933-1934)

ELEGIA DE GABRIEL MIRO

(1930)

A.J.R.J.

Al preliminar canto de la luna en los últimos de mayo-para eras de junio, cuando los comités de plenos verdes, de chumberas, invitan a la continuidad-, el moral al azúcar, la seda encapillada a la transformación, si al sueño, del reptil que deshífa su existencia, y las palmeras, alineación de bronce y geometría, dejan de menear rosarios, abalorios sabrosos a su altura, entonces, ruy-señor mayor de edad, te encierran bajo llave...¡Ay, la joya, tu voz, joya metida ya en estuche de madera!

La muerte, sustraendo, te ha restado.

Licenciado, tu pájaro de tinta en la etiopía breve del tintero, cantos que hubieran sido sin remedio quedaron sin autor en su picudo acero, cantador al contacto de estados por los puros boreales.

Queda tu voz escrita, no tu voz pronunciada.

Aun la muerte te saca olor de rosa de lo más hondo y hondo de los dedos.

La rosa ya no tiene compañero. Rosa: estatua del beso; depurativo del aire a lo cadáver de tu estancia.

Bate sus campanadas de pechuga el palomar lunado del magnolio.

Amarillez los timoneros lloran.

Tengo presente en la mañana tuya, y de los dos, tu ausencia, que me distrae el saber de su belleza, intérprete hablador del mutismo polar de los azahares, antes; vagón de carne, ahora, bajo un túnel sin vía y sin salida.

Tu mano, de colores, de escarbar el perfume de las flores, ¡tanto!, siempre en los párpados de un día, tu cuerpo todo tacto, tú que el pulso sentías, y la circulación, ¿no?, de las cosas, el perfecto de vida de hermosura, te irás perfeccionando de fealdad entre dos entretiembras.

La carcoma, el gusano, deshilará tu muerte laborable para aumentar su vida.

Hay en cada azucena una viuda blanca sobre un palco, por culpa de haber muerto, celestino del alba como el gallo.

Se le escapan al mar todos los barcos...

Encajonado vas, en caja igual que el toro, igual que la naranja a su destino, con tu murria de pena de tus ojos.

Las cerezas, cascabeles para otras diligencias, borlas para otras mantas, derrocan sobre ti sangre barata.

Las culebras, los lagartos quisieran, ¿no quisieran?, igual que los toreros millonarios, cortarse la coleta, aquí en tus sierras.

Tu quietud se ha quedado limitando eternamente al norte con tu obra, al sur con tu tristeza, y al este y al oeste con toda la belleza.

Entre página y página de ella, voy planchando magnolias, árbol del Paraíso, camisas de serpientes, fundas caladas, verdes de aquel bello veneno a lo cohete.

ELEGIA MEDIA DEL TORO

Aunque no amor, ni ciego, dios arquero,
te disparas de ti, si comunista,
vas al partido rojo del torero.

5 Heraldos anunciaron tu prevista
presencia, como anuncian a la aurora,
en cuanto la pidieron a la vista.
Tu presteza de Júpiter raptora,
europas cabalgadas acomete:
y a pesar de la que alzan, picadora,

10 oposición de bríos y bonete,
tu inquiridor de sangre, vuelto remo,
"dolorosas" las hace de Albacete.

15 Una capa te imanta con su extremo
y el que por un instante la batiera,
te vuelve con temor su Polifemo.

Su miedo luminoso, a la torera
salta, y por paladiones en anillo
consultando refugios de madera.

20 Invitación de palo y papelillo,
en los medios citándote, te apena
de colorines altos el morrillo.

25 Como tambor tu piel batida suena,
y tu pata anterior posterioriza
el desprecio rascado de la arena.

Por tu nobleza se musicaliza
el saturno de sol y piedra, en tanto
que tu rabo mejor tu dolor iza.

30 Gallardía de rubio y amaranto,
con la muerte en las manos larga y fina,
oculto su fulgor, visible al canto,

con tu rabia sus gracias origina:
¡cuántas manos se dan de bofetones
cuando la suya junta con tu esquina!

- 35 Arrodilla sus iluminaciones;
y mientras todos creen que es por valiente,
por lo bajo te pide mil perdones.
- Suspenso tú, te mira por el lente
del acero, y confluye tu momento
- 40 de arrancar con su punta mortalmente.
- Un datilado y blanco movimiento,
mancos pide un sentido y el azote
al juez balcón de tu final sangriento.
- 45 Por el combo marfil de tu bigote,
te arrastran a segunda ejecutoria.
¡Entre el crimen airoso del capote,
para ti fue el dolor, para él la gloria!

(Poesía de M.H.
Cano Ballesta. Pág. 319)

ELEGIA

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me
ha muerto como el rayo Ramón Sijé, con
quien tanto quería)

- Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas
compañero del alma, tan temprano
- 5 Alimentando lluvias, caracoías
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas
- daré tu corazón por alimento,
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento
- 10 Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

15 No hay extensión más grande que mi herida.
 lloro mi desventura y sus conjuntos
 y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
 y sin calor de nadie y sin consuelo
 voy de mi corazón a mis asuntos.

20 Temprano levantó la muerte el vuelo,
 temprano madrugó la madrugada,
 temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
 no perdono a la vida desatenta,
 no perdono a la tierra ni a la nada.

25 En mis manos levanto una tormenta
 de piedras, rayos y hachas estridentes
 sedienta de catástrofes y hambrienta.

30 Quiero escarbar la tierra con los dientes,
 quiero apartar la tierra parte a parte
 a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
 y besarte la noble calavera
 y desamordazarte y regresarte.

35 Volverás a mi huerto y a mi higuera:
 por los altos andamios de las flores
 pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
 Volverás al arrullo de las rejas
 de los enamorados labradores.

40 Alegrarás la sombra de mis cejas,
 y tu sangre se irá a cada lado
 disputando tu novia y las abejas.

45 Tu corazón, ya terciopelo ajado,
 llama a un campo de almendras espumosas
 mi avariciosa voz de enamorado.

A las aïadas aïmas de las rosas

del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

(10 de enero de 1936)

(O.C. pág.229)

("El rayo que no cesa")

ELEGIA

(En Orihuela, su pueblo y el mio, se ha
quedado novia sin casar la panadera de
pan más trabajado y fino, que le han
muerto la pareja del ya imposible esposo)

Tengo ya el alma ronca y tengo ronco
el gemido de música traidora...
Arrímate a llorar conmigo a un tronco:

5 retírate conmigo al campo y llora
a la sangrienta sombra de un granado
desgarrado de amor como tú ahora.

Caen desde un cielo gris desconsolado,
caen ángeles cernidos para el trigo
sobre el invierno gris desocupado.

10 Arrímate, retírate conmigo:
vamos a celebrar nuestros dolores
junto al árbol del campo que te digo

15 Panadera de espigas y de flores,
panadera lilial de piel de era,
panadera de panes y de amores.

No tienes ya en el mundo quien te quiera,
y ya tus desventuras y las mías
no tienes compañero, compañera.

20 Tórtola compañera de sus días,
que le dabas tus dedos cereales
y en su voz tu silencio entretenías.

Buscando abejas va por los panales
el silencio que ha muerto de repente
en su lengua de abejas torrenciales.

- 25 No esperes ver tu párpado caliente
ni tu cara dulcísima y morena
bajo los dos solsticios de su frente.
- El moribundo rostro de tu pena
se hiela y desendulza grado a grado
- 30 sin su labor de sol y de colmena.
- Como una buena fiebre iba a tu lado,
como un rayo dispuesto a ser herida,
como un lirio de olor precipitado.
- Y sólo queda ya de tanta vida
- 35 un cadáver de cera desmayada
y un silencio de abeja detenida
- ¿Dónde tienes en esto la mirada
si no es descarriada por el suelo,
si no es por la mejilla trastornada?
- 40 Novia sin novio, novia sin consuelo,
te advierto entre barrancos y huracanes
tan extensa y tan sola como el cielo.
- Corazón de relámpagos y afanes,
paginaba los libros de tus rosas,
apacentaba el hato de tus panes.
- 45 Ibas a ser la flor de las esposas,
y a pasos de relámpago tu esposo
se te va de las manos harinosas.
- Echale, harina, un toro clamoroso
- 50 negro hasta cierto punto a tu menudo
vellón de lana blanco y silencioso.
- A echar copos de harina yo te ayudo
y a sufrir por lo bajo, compañera,
viuda de cuerpo y de alma yo viudo.
- 55 La inaplacable muerte nos espera
como un agua incesante y malparida
a la vuelta de cada vidriera.

60 ¡Cuántos amargos tragos es la vida!
 Bebió él la muerte y tú la saboreas
 y yo no saboreo otra bebida.

Retírate conmigo hasta que veas
 con nuestro llanto dar las piedras grama,
 abandonando el pan que pastoreas.

65 Levántate: te esperan tus zapatos
 junto a los suyos muertos en tu cama,
 la lluviosa pena en sus retratos
 desde cuyos presidios te reclama.

(O.C. pág. 235)
 (Otros poemas)

ELEGIA DE LA NOVIA – LUNADA

Mi voluntad, madura, te acercaba
 en mi mano la muerte,
 que retiraba, pita sublunada,
 mi decisión aún verde.

5 Atropellando senos, no, racimos
 de picudos humores,
 tu corazón la de Albacete hizo,
 por fin, rinoceronte.

10 Yo te maté en el baño, agamenona,
 y en seguida subieron
 persianas limonadas olas, olas,
 a tu herido aposento.

15 Con un sexo de acero y de tragedia
 me reanudé a su sexto:
 no pude entrar en ti de otra manera,
 pura de trecho en trecho.

20 La boca de herida come frío:
 ¿en qué manida entrada,
 colorado discurso a lo zarcillo
 inquiera la navaja!

No has dejado de ser, como la rosa,
bella hasta la muerte;
dispensa la ruina de tu boca
perfección permanente.

25 Álgida, como jarra a la serena.
bella a granel no mía,
para siempre ha perdido tu belleza;
tú, su mejor amiga.

30 De ella narciso, en ella me miraba,
y llorándola ahora,
como la suya, aventan, la guitarra,
sangre mis manos, horcas.

35 Tu beso que era ayer patrón, medida,
modelo de la rosa,
lo derrocó mi enamorada ira:
dispéñseme tu boca.

40 Yo quise modelarte y arcilla
en tu escultura mano,
que en el balcón de esta fotografía
despeinada ha quedado.

Yo te quería, por acaso casta,
monja de tu belleza:
a los demás, a todos vocearla,
pero que no la vieran.

45 Yo te hablé de tu frente de reluna,
y entonces, sin acasos,
pensaba en sapos ella, a la ventura
tortas de frío y asco.

50 Me amaste por regalo...Yo soy feo
como los ruy-señores
que cultivan primor, lunas, luceros
en sures de limones.

55 Y los celos, carcoma de mi carne,
cáncer de mi madera,
¡qué cornada mortal contra tu sangre
tiraron cachicuerna!

Si al pie del agua azul fuiste violada,

- ahora en la muerte roja,
y mucho más hermosa la distancia
de tu hermosura ahora.
- 60
- ¡Oh, qué proeza la de no guardarme,
oh bella de antemano,
tu corazón, la yema de tu sangre
que fue, a lo sumo, malo!
- 65
- ¡Oh, qué proeza la de no arrancarme
mi corazón de cuajo,
para, como una esquila palpitante,
a tu cuello colgarlo!...
- 70
- Besando puertas voy, corriendo aldabas
con el azahar, tu aliento,
y recordando un beso tan sin talla,
que no puedo jurar que te di un beso.

(Poesía de M.H. Cano Ballesta, pág. 315)

EGLOGA

...o convertido en agua, aquí
llorando, podréis allá despacio
consolarme.

GARCILASO

- Un claro caballero de rocío,
un pastor, un guerrero de relente
eterno es bajo el Tajo; bajo el río
de bronce decidido y transparente.
- 5
- Como un trozo de puro escalofrío
resplandece su cuello, fluye y yace,
y un cernido sudor sobre su frente
le hace corona y tornasole le hace.
- 10
- El tiempo ni lo ofende ni lo ultraje,
el agua lo preserva del gusano,
lo defiende del polvo, lo amortaja
y lo alhaja de arena grano a grano.

- 15 Un silencio de aliento toledano
 lo cubre y lo corteja,
 y sólo va silencio a su persona
 y en el silencio sólo hay una abeja
- 20 Sobre su cuerpo el agua se emociona
 y bate su cencerro circulante
 lleno de hondas gargantas doloridas.
- 25 Hay en su sangre fértil y distante
 un enjambre de heridas:
 diez de soldado y las demás de amante.
- 25 Dulce y varón, parece desarmado
 un dormido martillo de diamante,
 su corazón un pez maravillado
 y su cabeza rota
 una granada de oro apedreado
 con un dulce cerebro en cada gota.
- 30 Una efusiva y amorosa cota
 de mujeres de vidrio avaricioso,
 sobre el alrededor de su cintura
 con un cedazo gris de nada pura
 garbilla el agua, selecciona y tañe,
 35 para que no se enturbie ni se empañe
 tan diáfano reposo
 con ninguna porción de especie oscura.
- 40 El coro de sus manos merodea
 en torno al caballero de hermosura
 sin un dolor ni un arma,
 y el de sus bocas de humedad rodea
 su boca que aún parece que se alarma.
- 45 En vano quiere el fuego hacer ceniza
 tus descansadamente fríos huesos
 que ha vuelto el agua juncos militares.
 Se riza lastimable y se desriza
 el corazón aquel donde los besos
 tantas lástimas fueron y pesares.
- 50 Diáfano y querencioso caballero,
 me siento atravesado del cuchillo
 de tu dolor, y si lo considero

fue tu dolor tan grande y tan sencillo.

55 Antes de que la voz se me concluya,
pido a mi lengua el alma de la tuya
para descarriar entre las hojas
este dolor de comida grama
que llevo, estas congojas
de puñal a mi silla y a mi cama.

60 Me ofende el tiempo, no me da la vida
al paladar ni un breve refrigerio
de afectuosa miel bien concedida
y hasta el amor me sabe a cementerio.

65 Me quiero distraer de tanta herida.
Me da cada mañana
con decisión más firme
la desolada gana
de cantar, de llorar y de morirme.

70 Me quiero despedir de tanta pena
cultivar los barbechos del olvido
y si no hacerme polvo, hacerme arena:
de mi cuerpo y su estruendo,
de mis ojos al fin desentendido,
sesteando, olvidando, sonriendo
lejos del sentimiento y del sentido.

75 A la orilla leal del leal Tajo
viene la primavera en este día
a cumplir su trabajo
de primavera afable, pero fría.

80 Abunda en galanía
y en párpados de nata
el madruero almendro que comprende
tan susceptible flor que un soplo mata
y una mirada ofrende.

85 Nace la lana en paz y con cautela
sobre el paciente cuello del ganado,
hace la rosa su quehacer y vuela
y el lirio nace serio y desganado.

Nada de cuanto miro y considero
mi desaliento anima

- 90 si tú no eres, claro caballero.
 Como un loco acendrado te persigo:
 me cansa el sol, el viento me lastima
 y quiero ahogarme por vivir contigo.

(O.C. pág. 245)
 (Otros poemas)

ELEGIA PRIMERA

(A FEDERICO GARCIA LORCA, POETA)

- Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,
 y en traje de cañón, las parameras
 donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
 y llueve sal; y esparce calaveras.
- 5 Verdura de las eras,
 ¿qué tiempo prevalece la alegría?
 El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas
 y hace brotar la sombra más sombría.
- 10 El dolor y su manto
 vienen una vez más a nuestro encuentro.
 Y una vez más al callejón del llanto
 lluviosamente entro.
- 15 Siempre me veo dentro
 de esta sombra de acibar revocada,
 amasada con ojos y bordones
 que un candil de agonía tiene puesto a la entrada
 y un rabioso collar de corazones.
- 20 Llorar dentro de un pozo,
 en la misma raíz desconsolada
 del agua, del sollozo,
 del corazón quisiera:
 donde nadie me viera la voz ni la mirada,
 ni restos de mis lágrimas me viera.
- 25 Entro despacio, se me cae la frente
 despacio, el corazón se me desgarra
 despacio, y despacirosa y negramente
 vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

Entre todos los muertos de elegía,
 sin olvidar el eco de ninguno,
 30 por haber resonado más en el alma mía,
 la mano de mi llanto escoge uno.

Federico García
 hasta ayer se llamó: polvo se llama.
 ayer tuvo un espacio bajo el día
 35 que hoy el hoyo le da bajo la grama.

¡Tanto fue! ¡Tanto fuiste y ya no eres!
 Tu agitada alegría,
 que agitaba columnas y alfileres,
 40 de tus dientes arrancas y sacudes,
 y ya te pones triste, y sólo quieres
 ya el paraíso de los ataúdes.

Vestido de esqueleto,
 durmiéndote de plomo,
 de indiferencia armado y de respeto,
 45 te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,
 que ceñía de espuma
 y de arrullos el cielo y las ventanas,
 como un raudal de pluma
 50 el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,
 no podrá con tu savia la carcoma,
 no podrá con tu muerte la lengua del gusano,
 y para dar salud fiera a su poma
 55 elegirá tus huesos el manzano.

Cegado el manantial de tu saliva,
 hijo de la paloma,
 nieto del ruiseñor y de la oliva:
 serás, mientras la tierra vaya y vuelva,
 60 esposo siempre de la siempreviva,
 estiércol padre de la madre selva.

¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,
 pero qué injustamente arrebatada!
 No sabe andar despacio y acuchilla
 65 cuando menos se espera su turbia cuchillada.

Tú, el más firme edificio, destruido,
tú el gavilán más alto, desplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado y más callado.

70 Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de martillos feroces,
sobre quien te detuvo mortalmente.
salivazos y hoces
caigan sobre la mancha de tu frente.

75 Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve terriblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

80 Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,
veo un bosque de ojos nunca enjutos,
avenidas de lágrimas y mantos:
y en torbellino de hojas y de vientos,
lutos tras otros lutos y otros lutos,
85 llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,
volcán de arroyo, trueno de panales,
poeta entretejido, dulce, amargo,
que al calor de los besos
85 sentiste, entre dos largas hileras de puñales,
largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía,
vienen poblando todos los rincones
del cielo y de la tierra bandas de armonía,
90 relámpagos de azules vibraciones.
Crótales granizados a montones,
batallones de flautas, panderos y gitanos,
ráfagas de abejorros y violines,
tormentas de guitarras y pianos,
95 irrupciones de trompas y clarines.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso, desierto, polvoriento
en la muerte desierta,
parece que tu lengua, que tu aliento,

100 los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si paseara con tu sombra,
paseo con la mía
por una tierra que el silencio alfombra,
que el ciprés apetece más sombría.

105 Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y pruebo una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

(O.C. pág. 265)
(Viento del Pueblo)

ELEGIA SEGUNDA

(A PABLO DE LA TORRIENTE, COMISARIO POLÍTICO)

"Me quedaré en España compañero".
me dijiste con gesto enamorado.
y al fin sin tu edificio tronante de guerrero
en la hierba de España se has quedado.

5 Nadie llora a tu lado:
desde el soldado al duro comandante,
todos te ven, te cercan y te atienden
con ojos de granito amenazante,
con cejas incendiadas que todo el cielo encienden.

10 Valentín el volcán, que si llora algún día
será con unas lágrimas de hierro,
se viste emocionado de alegría
para robustecer el río de tu entierro.

15 Como el yunque que pierde su martillo,
Manuel Moral se calla
colérico y sencillo.

Y hay muchos capitanes y muchos comisarios
quitándote pedazos de metralla,
poniéndote trofeos funerarios.

- 20 Ya no hablarás de vivos y de muertos,
ya disfrutas la muerte del héroe, ya la vida
no te verá en las calles ni en los puertos
pasar como una ráfaga garrida
- 25 Pablo de la Torriente,
has quedado en España
y en mi alma caído:
nunca se pondrá el sol sobre tu frente,
heredará tu altura la montaña
y tu valor el toro del bramido.
- 30 De una forma vestida preclara
has perdido las plumas y los besos,
con el sol español puesto en la cara
y el de Cuba en los huesos.
- 35 Pasad ante el cubano generoso,
hombres de su Brigada,
con el fusil furioso,
las botas iracundas y la mano crispada.
- 40 Miradlo sonriendo a los terrones
y exigiendo venganza bajo sus dientes mudos
a nuestros más floridos batallones
y a sus varones como rayos rudos.
- Ante Pablo los día se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre si objeto,
porque éste es de los muertos que crecen y se
agrandan
aunque el tiempo desvaste su gigante esqueleto.

(O.C. pág. 276)
(Viento del Pueblo)

SEGUNDA PARTE

HERMANITA MUERTA

(Orinaban
las aves
el alba)

5 Las vecinas
vertían
un llanto
de rigor.
Armadas
de pañuelos
10 sobre mi madre,
que se había
deslumbrado
más.

15 Una vía láctea
de diamelas
culebreaba
en la mesa
sobre la que
la niña
20 se veía,
con un motín
de rosas
encima de
los pómulos
25 a través de
su caja
de vidrio
que la fingía
ahogada
30 en un diamante
fino.

(O.C. pág. 37)
(Poemas de Adolescencia)

ARBOL DESNUDO

Ya el pecado, el verdor se ha retirado
a la hierba vencida.

Ya no te buscan deseosas manos,
maliciosas avispas.

5 Ya no fluyen tus savias ni tu cuerpo
ya puros a la fuerza:

por pura voluntad del puro viento
de nieve, de pureza.

10 Dios, el tiempo y el frío: puras nadas,
de mondez te han vestido.

Como la muerte, árbol ya de ramas,
de luz y de vacío.

Lo que no cae ni palidece nunca;
la desnudez del hueso,

15 sin mentiras, sin pampanos ni frutas,
ni favor ni deseo

De verdad verdadero, ¡con qué fuerza!,
¡con qué fe! te detallas:

20 transcurre sobre ti la paz serena
de lo que esconde: nada.

La majestad de lo callado, porque
secreto es descubierto.

Corporal ya de alma, ya te pones
espiritual de cuerpo.

25 A la sombra sin sombra de tus ramas,
con afición de azules,

el cuerpo se me cae de mí, y adana,
el alma se descubre.

- 30 Se me torna la sangre en las heridas
licores cristalinos;
- la sombra luz, virtud la anatomía
y pájaros los nidos.
- Los ardores verdales de la higuera,
no alternan con sus iras
- 35 mi gama de la fuente: es ser serena,
de la nieve: es ser fría.
- ¡Cuánta diafanidad, ¡Cuánto silencio
con carácter de vidrio!
- 40 que nos mete a los dos, árbol, ejemplos
de Dios por el oído.
- No se menea nada ante nosotros,
dos árboles descalzos:
- ¡oh la nada! plétórica de todo
de nuestra quietud árbol.
- 45 ¿Cuándo no vendrá abril que desazone
nuestras tranquilidades;
- que no nos pueda hacer, ni con sus flores
desnudos temporales?
- 50 ¿Cuándo? entrará en octubre mi deseo;
¿cuándo?, como a los ríos,
- me dejarás, ¡oh, cuándo!, sin meneos,
cuajado, ¡oh, cuándo Frío!
- Aún mi afición por el estío abunda,
aún lo mollar requiero,
- 55 Aún me duele tu viento, tu finura:
aún me duele tu viento.

(O.C. pág. 79)
(Otros poemas)

EXEQUIAS – a mi canario

Trino mollar de ruy-señor tenías,
 flor de chumbo sonora,
 trino mollar de ruy-tenías,
 y tu visión del mundo era redonda.

5 Enfermo, de la Isla, habías venido
 Del plátano a mi casa;
 ¡pobre! canario mío,
 que no eras mío, que eras de mi hermana.

10 Por ponerte a los soles morenico,
 yo te sacaba al patio:
 pendiendo de los clavos como Cristo,
 tú siempre estabas pálido.

15 Y no he podido verte la agonía...
 De tu muerte molesto,
 la arrojó en su color la madre mía,
 relámpago sereno.

20 Otro poeta menos: ¡por fin! libre
 de esclavitudes tantas.
 Sola y monda, sin ti, la jaula insiste
 en su actitud cerrada.

El agua de la taza sin tus sedes,
 el alpiste sin tu hambre,
 la caña sin tu brinco: alambres jueces,
 guardais, ¿qué libertades?...

25 Adios, canario flauta; la alegría
 de Miguel, de la casa,
 dice mi hermana que era con tu vida
 de soles emplumada.

30 Algún toque de amor o de deseo
 te ha llevado a tu esquema:
 de amor por mí rompiste contra el hierro
 tu gana de amor presa.

De amor por mí, personas: Sí: reiros,
de amor por mí se ha muerto.
35 Por mí los limoneros son, pajizos,
canarieras de ejemplos.

Cayó a una tumba eléctrica tu trino:
a la afición de un gato.
Por cabecera tienes un maullido,
por epitafio un rabo.

(O.C. pág. 92)
(Otros poemas)

EXEQUIAS AL RUY-SEÑOR —al poeta

Sí. Decretó tu muerte
una reunión de malas intenciones,
de iniquidad celada.

5 La piedra, dura suerte,
Aún propósito, aún gana tus canciones
de cantar, se llevó sin transiciones
con su todo a la nada.

10 Sin temor, sin cautela, sin aliño,
pródigo de tu pico con usura,
tenor amartelado del cariño
sonabas fervorosa tu criatura
con un leve meneo,
todo afligido por la calentura
de un celestial deseo .

15 ¡Vete!, te dijo el viento,
y la piedra: ¡porfía!
Fuiste con el consejo desatento,
sordo con la amenaza:
¡funesta valentía!

20 A morir no pusiste resistencia.
Aminadab te puso una mordaza,
obediente el muchacho a su albedrío.
Dice el recuerdo de tu voz tu ausencia:
tu voz, ya con licencia
25 para no morir: ¡pío!

Nada colma el vacío
de tu delicadez y gloria alta...

¡Qué pico!, abril, ¡qué pico! más agudo
de belleza te falta.

- 30 El álamo ha quedado, por viudo,
desilustrado y mudo;
sin quehacer tu garganta.
Las alas, instintivos salvavidas,
Ruy, ¿de qué te han valido?
- 35 La soledad del nido
ya no apoya y levanta
la dulce monarquía de tu acento
- 40 Si tú de tus primores ya no cuidas,
¿quién? andará con cuidado,
espiritual, atento.
- Anal el árbol donde escrita ha sido
tu labor admirable,
solo testigo queda en este huerto.
- 45 Tu muerte, laborable
hace el gusano activo:
te afea hoy todo muerto,
si ayer lo embellecías, todo vivo.
- 50 Sin tu función tenora,
mi atención distraída, ociosa ahora
mi devoción, como tu eco, espera,
mi audición si empleo,
y en la desesperanza mi deseo,
al Ruy-señor de otra primavera,
mientras en estos prados,
- 55 ¿quién? impide y aventa mis pecados.

(O.C. pág. 94)
(Otros poemas)

CITACION FINAL

Se citaron los dos en la plaza
tal día, y a tal hora, y en tal suerte:
una vida de muerte
y una muerte de raza.

5 Dentro del ruedo, un sol que daba pena,
se hacía más redondo y amarillo
en la inquietud inmóvil de la arena
con Dios alrededor, perfecto anillo.

10 Fuera, arriba en el palco y en la grada
deseos con mantillas.

Salió la muerte astada,
palco de banderillas.

15 (Había hecho antes,
a lo sutil, lo primoroso y fino,
el clarín sus galleos más brillantes,
verdadera y fatalmente divino.)

20 Vino la muerte del chiquero: vino
de la valla, de Dios, hasta su encuentro
la vida entre la luz, su indumentaria;
y las dos se pararon en el centro,
ante la una mortal, la otra estatuaria.

25 Comenzó el juego, expuesto
por una y otra parte...
la vida se libraba ¡con qué gesto
de morir, con qué arte!

Pero una vez —había de ser una—,
es copada la vida por la muerte,
y se desafortuna
la burla, y en tragedia se convierte.

30 Morir es una suerte
como vivir; ¡de qué, de qué manera!
supiste ajecutarla y el berrendo.
tu muerte fue vivida a la torera,
lo mismo que tu vida fue muriendo.

- 35 No: a ti no te distrajo,
el tendido vicioso e iracundo,
el difícil trabajo
de ir a Dios por la muerte y por el mundo.
- 40 Tu atención sólo han sido toro y ruedo;
tu vocación el cuerno fulminante.
- Con el valor sublime de tu miedo,
el valor más gigante,
la esperabas
de mármol elegante.
- 45 Te dedicaste el hueso más avieso,
que te ha dejado a ti en el .puro hueso,
y eres el colmo ya de la finura.
- 50 Mas, ¿qué importa que acabes?...¿No acabamos
todos, aquí, criatura,
allí en el sitio donde Todo empieza?
- Total, total, total: di: ¿no tocamos
a muerte, a infierno, a gloria por cabeza?
- 55 Quisiera yo, Mejías,
a quien el hueso y cuerno
han hecho estatua, callado, paz, eterno,
esperar y mirar, cual tu solías,
a la muerte: ¡de cara!,
con un valor que era un temor interno
de que no te matara.
- 60 Quisiera el desgobierno
de la carne, vidriera delicada,
la manifestación del hueso fuerte.
- estoy queriendo, y temo la cornada
de tu momento, muerte.
- 65 Espero, a pie parado,
el ser, cuando Dios quiera, despenado,
con la vida de miedo medio muerta,
que en ese *cuando* amigo,
alguien diga por mí lo que yo digo
70 por ti con voz serena que aparento:

San Pedro, ¡abre! la puerta:
 abre los brazos, Dios, y ¡dale! asiento.

(O.C. pág. 138)
 (Otros poemas)

El siguiente es el poema escrito a la muerte del niño de diez meses de edad, primer hijo del poeta, ocurrida en 1938.

A MI HIJO

Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío,
 abiertos ante el cielo como dos golondrinas:
 su color coronado de junio, ya es rocío
 alejándose a ciertas regiones matutinas.

5 Hoy, que es un día como bajo la tierra, oscuro,
 como bajo la tierra quiero haberte enterrado

Desde que tú eres muerto no alientan las mañanas,
 al fuego arrebatadas de tus ojos solares:
 precipitado octubre contra nuestras ventanas,
 10 te paso al otoño y anocheció los mares.

Te ha devorado el sol, rival único y hondo
 y la remota sombra que te lanzó encendido;
 te empuja luz abajo llevándote hasta el fondo,
 tragándote; y es como si no hubieras nacido.

15 Diez meses en la luz, redondeando el cielo,
 sol muerto, anochecido, sepultado, eclipsado.
 Sin pasar por el día se marchito tu pelo
 atardeció tu carne con el alba en un lado.

20 El pájaro pregunta por ti, cuerpo al oriente,
 carne naciente al alba y al júbilo precisa;
 niño que sólo supo reír, tan largamente,
 que sólo ciertas flores mueren con tu sonrisa.

- 25 Ausente, ausente, ausente como la golondrina,
ave estival que esquivo vivir al pie del hielo:
golondrina que a poco de abrir la pluma fina,
naufraga en la tijeras enemigas del vuelo
- 30 Flor que no fue capaz de endurecer los dientes,
de llegar al más leve signo de la fiereza.
Vida como una hoja de labios incipientes,
hoja que se desliza cuando a sonar empieza.
- 35 Los consejos del mar de nada te han valido...
Vengo de dar a un tierno sol una puñalada,
de enterrar un pedazo de pan en el olvido,
de echar sobre unos ojos un puñado de nada.-
- 40 Verde, rojo, moreno; verde, azul y dorado;
los latentes colores de la vida, los huertos,
el centro de las flores a tus pies destinado,
de oscuros negros tristes, de graves blanco yertos
- Mujer arrinconada: mira que ya es de día.
(¡Ay, ojos sin poniente por siempre en la alborada!)
Pero en tu vientre, pero en tus ojos, mujer mía,
a noche continúa cayendo desolada.

(O.C. pág. 414)
(Últimos poemas)

RAMON SIJE

Aún no sé, si quiero ni puedo saber si ha muerto mi compañero. Yo no lo he visto morir. El no hubiera permitido a la muerte su muerte, sin verme y hablarme. Tengo escrita una carta en contestación a una suya reciente que le enviaré hoy o mañana a nuestro pueblo. Tengo el presentimiento de que me escribirá otra, como siempre. No es posible tanto infortunio de una vez. Iré a Orihuela en un vuelo para certificarme de su vida.

Febrilmente moreno, doradamente oscuro, con un relámpago en cada ojo negro y una frente ilimitada, venía a mi huerto cada tarde de marzo, abril, mayo, junio... Andaba entre los romeros con prisa de pájaro, hablaba con atropello y su voz iluminaba más que los limones del limonero, a cuya sombra y azahar platicábamos.

Yo me enteré, tratándolo por muchos años, de su corazón y su latido apresurado. Conocí su corazón y me dio espasmo la precipitación dolorosa de su sangre. Sentí que aquella faena de borrasca no se prolongaría hasta muy tarde. No sé a quién comuniqué mi sentimiento...

Una tarde hablamos, entre otras cosas, de los hombres que mueren temprano y dan motivo a los noticieros para escribir: "El malogrado joven..." Y me dijo con una voz de rebelde que no quería ser un malogrado.

Pasaba un entierro ante nosotros y le veía estremecerse. Sintió todas las muertes del pueblo que conoció y preguntaba por todos los vecinos enfermos. ¿Es cierta su muerte? Es la primera que me hace llorar aun dormido. Uno de los lados más escogidos de mi corazón se ha quedado como un rincón vacío. No le llaméis "el malogrado joven"²⁹

(Murcia, 1936)
(OC. p. 943)

²⁹ No se habría podido llamar a Ramón Sijé un "malogrado joven", porque no fue necesaria una vida más larga para hacerla más productiva. Como dice Miguel de Santiago: "la muerte a veces pone el límite exacto a una obra".
Manrique Jorge. Poesía completa. Int. de Miguel de Santiago. Ediciones 29. Barcelona 1989. p. 12.

ANEXO SEGUNDO

ANEXO II.

INDICE DE PRIMEROS VERSOS DE LAS ELEGÍAS

El listado que se inserta a continuación menciona, en primer lugar, los primeros versos de los poemas a los que el poeta calificó como elegías y , en segundo lugar a los que él mismo tituló con un nombre de su elección personal, y a los que podríamos considerar también como elegías.

Al preliminar canto de la luna	P -	933
Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas	VP -	265
Aunque no amor, ni ciego, dios arquero,	PMH	319
"Me quedaré en España, compañero"	VP -	276
Mi voluntad, madura, te acercaba	PMH -	315
(Orinaba	PA.-	37
Pirotécnicas pompas y esplendores	OP.	119
Se citaron los dos en la plaza	OP-	138
Sí. Decretó tu muerte	OP-	94
Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío.	UP-	414
Tengo ya el alma ronca y tengo ronco	PO -	235

Trino mollar de ruy-señor tenías	OP-	92
Tu grillo, por tus labios promotores,	PA -	43
Un claro caballero de rocío	OP -	245
Ya el pecado, el verdor se ha retirado	OP-	79
Yo quiero ser llorando el hortelano	ERC-	229

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE MIGUEL HERNANDEZ:

HERNANDEZ, MIGUEL. Obras completas. Edición Ordenada por Elvio Romero y cuidada por Andrés Ramón Vázquez. Pról. De María de Gracia Ifach. Buenos Aires. Edit. Losada. 1973.

_____ Poemas. Barcelona. Plaza y Janés. 1973.

_____ Antología. Selección y Prólogo de María de Gracia Ifach. México. Edit. Losada. 1998.

_____ Poesía. México. Editores Mexicanos Unidos. 1996.

_____ Cancionero y Romancero de Ausencias. Edición y prólogo de Elvio Romero. Buenos Aires. Edit. Losada. 1998.

ESTUDIOS SOBRE MIGUEL HERNANDEZ

CANO BALLESTA, JUAN. La poesía de Miguel Hernández. Madrid. Gredos. 1978.

IFACH, MARIA DE GRACIA. Introducción a Obras Completas. Edición Ordenada por Elvio Romero y Cuidada por Andrés Ramón Vázquez. Buenos Aires. Edit. Losada. 1973.

IRIONDO, TXEMA. "Miguel Hernández" en Los revolucionarios del Siglo XX. México. Club Internacional del Libro. 1982.

OBRAS DE CONSULTA

- BROUE PIERRE Y EMILE TEMIME.** La revolución y la guerra de España
Trad. de Francisco González Arámburo. México. Fondo de Cultura
Económica. 1979.
- DE ESPRONCEDA, JOSE.** "El diablo mundo" en Obras poéticas. México.
Edit. Porrúa (Col. Segan Cuantos, No. 202). 1998.
- GARCIA LORCA, FEDERICO.** Obras completas. Barcelona. Edit. Aguilar.
1960.
- HOMERO,** La Iliada, Pról. de Alfonso Reyes. México. Edit. Porrúa (Col.
Segan Cuantos No. 2), Trigésima edición, 2001.
- El Libro de los Profetas. Jeremías. Lamentaciones.** En La Biblia,
Navarra, España, Edit. Verbo Divino. 62ª. Edic. 1995. (Jr 1,2) (Lam
1- 4-20)
- Libros Sapienciales y Poéticos. Job.** En Sagrada Biblia. México. Edic.
Paulinas, IX Edic. 1981. (Jb 1, 3, 5)
- MANRIQUE, JORGE.** Poesía Completa. Edición preparada por Miguel de
Santiago. Barcelona. Ediciones 29. 1989.
- MONTES DE OCA, FRANCISCO.** Ocho siglos de poesía en lengua
castellana. México. Porrúa (Col. Segan Cuantos No. 8), 1983.
- PAZ, OCTAVIO.** Piedra de sol, Lectura de Pere Gimferrer. Madrid. Edit.
Mondadori. 1998.

YNDURAIN, DOMINGO. Historia y crítica de la literatura española. Epoca Contemporánea: 1939-1980. Barcelona. Edit.Crítica. 1981.

DICCIONARIOS

ABBAGNANO, NICOLA. Diccionario de Filosofía. México. Fondo de Cultura Económica. 10ª reimpresión. 1995.

BERISTAIN, HELENA. Diccionario de retórica y poética. México. Porrúa. 1992.

PEREZ RIOJA, JOSE ANTONIO. Diccionario Literario Universal. Madrid. Editorial Tecnos. 1977.

TESIS

CONTRERAS PEREZ, RICARDO ARIEL. Aproximación social a la poesía de Miguel Hernández. México. UNAM. 1984.

ZANARDI-LAMBERTI LAVAZZA, MARIAPIA. Experimentación métrica en la poesía juvenil de Miguel Hernández. México. UNAM. 1998.